



NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número

SE REPARTÉ UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose á su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA A DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



...con unas fuerzas prodigiosas me habia sacado del agua en peso.... (pág. 51).

Jesús
JESUS
MAD

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—España y Portugal, por Emilio Castelar.—Honor de esposa y corazón de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias.—Entre la sopa y los postres, por don Torcuato Tarrago.—Sección de America.—Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tarrago y Matos.—Historia de la insurreccion carlista de 1872, por don Ramon Ortega y Frias.—Causas célebres.—Sección festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal.—En la sopa.—En los postres.—La brigada Zorrilla atacando á la facción del cura de Orio.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTÓRICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

Como nuestra de que nos habíamos reconciliado sinceramente, sabeis que hubo fiestas, y que yo aparecía en ellas al lado del rey como si más que enemigos hubiéramos sido hermanos.

En estas fiestas me conoció el buen Gome-Gomis, que así se llamaba mi salvador.

El sabía que después esta reconciliación se había roto y que yo había sido de nuevo vendido en el Franco-Condado.

Sabía que el rey había puesto á precio mi cabeza.

Comprendía, pues, sin comprender por qué había yo venido á Zaragoza, que si don Pedro se apoderaba de mí yo era hombre perdido.

Me ocultó, pues.

Durante tres días, él y su hija me han cuidado como si hubiese sido una queridísima cosa suya.

Aun no se han perdido completamente, padre, el honor, la caridad y el temor de Dios.

Pero yo estaba impaciente, más aún, desesperado: lo estoy aun.

¿Que ha sido de mi Constanza?

¿Que ha sido de mi hijo?

Yo había hecho que el buen Gome-Gomis tomase lenguas, y él me había dicho:

En la mañana siguiente á la noche en que yo os saqué del río, apareció pendiente de un ajimez de la torre Nueva, hasta tocar en el foso, una escala, y todo el mundo dice que la reina doña Constanza se había fugado con su hijo de la prision en que la tenía el rey su hermano.

Esto aumentó mi desesperación.

Era evidente que el rey don Pedro, temeroso del escándalo que debía causar su conducta respecto á su hermana hasta en sus más adictos, había hecho por echar fuera de sí toda responsabilidad, por hacer creer que doña Constanza se había libertado de él.

Así además lo indicaban las apremiantes pesquisas que el rey hacía se efectuasen en busca de la que llama fugitiva, mientras la guarda en su poder envuelta en el más profundo misterio, conocido sólo de los viles satellites que le sirven, de sus verdugos, que de nada se espantan, y que obedecen contentos sus órdenes por execrables que sean.

Yo no pude contenerme.

Y aunque mis heridas estaban muy lejos aún de su curación, en el momento que me abandonó la fiebre, que pude tenerme aunque debilmente de pie, me propuse venir á veros, padre, á ampararme de vos.

En vano se opusieron á ello Gome-Gomis y su hija María.

Yo les amenacé con desgarrarme mis heridas si no se me trasladaba á la ciudad á un lugar oculto, desde donde en las altas horas de la noche, cuando todo estuviese en reposo, pudiese yo buscaros.

Mi desesperación era tal, tan terrible, mi decisión tan grande, que el buen Gome-Gomis cedió al fin.

Preparó un lecho en su carro, me puso en él, cubrió aquel lecho con legumbres, dejando un hueco en el que yo me encontraba y en que apenas tenía aire para respirar; hoy por la mañana me metió en Zaragoza y en el patio de una casa del mercado donde habitaba con su familia un pariente suyo, y sacado allí del carro he permanecido en el lecho hasta que ha llegado la media noche.

María Gomis ha continuado cuidándome, y cuando ha llegado el momento, yo he venido á vuestra santa casa lentamente, apoyado en el padre y en la hija, que se han quedado fuera.

—En efecto,—dije yo,—un rudo hombre del campo ha venido esta mañana, ha entrado en el claustro y ha vagado por él deteniéndose ante cada religioso que junto á él pasaba, vacilando como quien no se atreve á decir lo que desea y contestando con excusas vanas cuanto se le preguntaba.

Al poco tiempo, habiéndose hecho sospechoso, habiéndosele tomado por un hombre que vagaba con algun mal propósito por nuestro claustro, que tal vez era un ladrón, se le arrojó sin que él opusiese la menor resistencia.

Por la tarde, á la hora de sexta, volvió á aparecer de nuevo, pero no solo.

Le acompañaba una villana jóven y hermosa y rica, á juzgar por su atavío y por sus collares de oro y plata.

Dicen que esa jóven es hermosísima, y que se notaba una grande ansiedad en su semblante.

Se les preguntó de nuevo, y contestaron con una gran candidez, con esa candidez con que los rústicos ocultan sus intentos, que les placía ver las pinturas de que están cubiertos los muros del claustro.

A tal contestación se les dejó en paz, pero vigilándolos.

Ellos contemplaron algunas de las tablas, y luego salieron tristes y como desolados.

—Pues son ellos,—me dijo el rey don Jaime,—Gome-Gomis y su hija María. ¡Pobre hombre! ¡pobre niña!

Yo note una conmoción extraña en el acento del rey al pronunciar su última palabra. ¡Oh, el alma del hombre! el alma del hombre es un abismo en cuyo fondo no se ven más que tinieblas, entre las cuales se cree percibir algo monstruoso é informe que se revuelve.

No puede darse un amor más grande, más entrañable que el que el rey don Jaime siente por su mujer la reina doña Constanza, y en embargo, en la conmoción de su acento cuando se refirió á María se dejaba comprender que el rey don Jaime estaba fuertemente impresionado por ella.

—Es necesario,—me dijo,—que esos leales amigos me vean y que yo los vea. Otra cosa sería una negra ingratitud de mi parte y un amargo desengaño para ellos; no han podido hacer más de lo que han hecho; les debo, primero la vida, después el encontrarme bajo vuestra poderosa protección; lo han arrostrado todo por mí sin miedo al furor del rey, que los despedazaría si llegase á saber lo que por mí han hecho; volverán, yo os lo aseguro, cuando vuelvan, espero nos hareis la merced á todos de que nos veamos.

La pretension del rey era justa.

No había medio de negarse á ella, por más que yo viese un peligro en la aproximación del rey y de la jóven María.

Pero era necesario no olvidarse de la prudencia.

Era necesario evitar se reparase en la en-

trada y en la salida de María y de su padre en el convento.

El rey desconfiaba de mí, lo que se probaba por la reserva que había tenido para conmigo después de la noche en que fui yo, al ménos segun debe creerlo el rey, á reducir á doña Constanza á una muerte que no debía sobrevenir.

No sabía yo si alguno de los hombres que habían pretendido ayudar al rey don Jaime á arrebatarse su esposa á don Pedro nos habría denunciado.

Esto era lo probable, atendida la reserva del rey para conmigo.

Y si no había sentido las consecuencias, era sin duda porque la cabeza del abad mitrado de San Pablo de Zaragoza es harto respetable para contener al rey respecto á actos ostensibles.

Don Pedro es hipócrita, astuto.

Yo estoy seguro de que me odia y me accha tanto como antes mostraba estimarme.

Pero su mano no caera sobre mí de improviso.

Prepararé contra mí una traición sorda cuyos resultados experimentare un día, si es que antes nuestro comun esfuerzo no destruyere al tirano.

Estamos, pues, en una batalla oculta que nadie ve, pero encarnizada y terrible.

El no se atreve á hacer nada ostensiblemente contra los hombres del Señor.

El, que no cree en nada, pretende aparecer profundamente religioso.

El sabe, ó debe saber, que si el rey don Jaime no fue preso aquella noche muerto ó vivo, fue porque combatiendo, retrocediendo, el rey don Jaime cayó al río.

El Ebro, por el lugar que el rey cayó, y mucho más abajo, debía haber sido reconocido.

El río no podía arrojar de sí un cadáver que no tenía.

La muerte de Gome-Gomis está en la ribera más abajo del sitio en que el rey don Jaime cayó al agua.

Gome-Gomis, segun la descripción que se me había hecho del traje y de las alhajas de su hija, debía ser uno de esos ricos labradores inmediatos á la ciudad, á quienes se conoce sobradamente en el mercado.

Así, pues, teniendo en cuenta el lugar de su habitación, podían inspirar sospechas sus entradas y salidas en el convento con su hija.

Yo advertí al portero que en el momento en que se presentasen el padre ó la hija, juntos ó cada cual de por sí, se les invitase á pasar á mi celda.

Al día siguiente, dos después de la llegada del rey don Jaime al convento, el lego portero que estaba á la puerta del claustro vió que la jóven y hermosa villana, sola y triste, avanzaba hacia el convento.

Pero en vez de dirigirse á la portería, cuando llegó á la puerta de la iglesia entró en ella.

El lego abandonó por un momento su portería y se entró en la iglesia.

Vió á la villana en la capilla del Santísimo Cristo de la Espiración, arrodillada, con la cabeza inclinada sobre el pecho y llorando.

Inmediatamente, el portero fué á darme parte de lo que había visto.

En mi celda hay una puertecilla que conduce á un pasadizo por donde se llega á una tribuna que corresponde á la parte del Evangelio de la capilla mayor, cerrada con celosías, y en la cual asiste al oficio divino el rey cuando viene á San Pablo.

Se llega también á esta tribuna por otras dos partes.

Primero por una galería que empieza en el claustro alto del convento, por la cual el rey llega á la tribuna, y además por una escalera de caracol, á la que da paso una estrecha puerta situada en un ángulo oscuro de la tribuna, y que en su parte inferior termina en

otra pequeña puerta situada en un ángulo del crucero de la iglesia.

Yo me trasladé a la tribuna.

Baje por la escalerilla de caracol á la iglesia, que estaba desierta por ser el día de labor y ser ya avanzada la mañana, y me encamine á la capilla del Santísimo Cristo de la Espiración, en la cual ví, arrodillada delante del altar, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada y llorando, una hermosa criatura, ataviada como las villanas ricas, con una toca blanquísima en la cabeza, saliendo por debajo de ella y cayendola sobre la espalda dos grandes trenzas, con justillo de terciopelo azul, saya de lana roja, y sobre ella un manto negro franjeado de oro; cadena y collares de plata y oro, grandes arracadas, y medallas benditas pendientes del hombro derecho.

Antes de entrar en la capilla observé el templo.

No había nadie; entré.

Tan abstraída estaba la joven que no sintió mi aproximación.

La toque suavemente en un hombro, y ella se estremeció y volvió vivamente la cabeza.

Era una niña como de quince años, hermosa sobre toda ponderación, blanca y pálida, con unos grandes, expresivos y melancólicos ojos negros.

—Yo soy el abad de San Pablo,—la dije;—seguidme.

Y salí de la capilla.

La joven me siguió.

Llegué á la puerta del crucero que da paso á la escalerilla por la cual se llega á la tribuna, entre, y poco después yo estaba sentado en el escabel del sillón real, y la joven de rodillas á mis pies como en confesión.

—Vos buscáis una persona en esta casa,—la dije,—y de igual manera la busca vuestro padre.

—Sí, sí,—me dijo con el acento ardiente y opaco, bajando los ojos y cubriendose de un encendido rubor.—Mi padre y yo necesitamos verle; nos estamos muriendo de cuidado; el vino muy enfermo; fué una imprudencia, una temeridad dejase el lecho encontrándose de tal manera. ¿Y cómo está, señor, cómo está?

Y la joven me hizo esta pregunta con toda su alma.

—Sus días no corren peligro,—la contesté;—sus heridas empiezan á cicatrizar; muy pronto se encontrará restablecido y fuerte.

—¡Oh, gracias, Dios mío!—exclamó la joven levantando los ojos y mirando con una expresión sublime al cielo.

Luego, como avergonzada de aquel movimiento de inefable consuelo que me había dejado ver, volvió á enrojecerse su semblante é inclinó de nuevo la cabeza sobre el pecho.

—¿Ignorais acaso,—la dije,—que él es don Jaime II de Mallorca?

—No, no señor,—contestó María;—mi padre me lo ha dicho.

—¿Ignorais que es un hombre casado?

—No, no señor; mi padre me lo ha dicho también.

Y había algo del acento del dolor resignado, pero insoportable, en la voz de María.

—¿Y por qué no matais vuestro amor?—la dije.

Aunque don Jaime no fuese casado, siempre, por lo alto de su linaje, su unión legítima con vos sería imposible.

—Cuando mi padre le trajo yerto é inerte á nuestra casa,—me contestó María abarcándome con la mirada de sus ojos negros y lucientes, en que aparecía la expresión de la inocencia tranquila, pero dolorida,—yo no vi más que á un hombre necesitado de socorro;

yo pasé toda una larga noche sin saber quien era, si rey ó mendigo, si casado ó mozo; yo pasé una larga noche contemplando su semblante, que parecía el de un cadáver, porque estaba sin sentido; yo he pensado mucho.

Yo he temido mucho, yo he sufrido mucho.

Yo he rezado mucho á Dios y á la Virgen

durante aquella larga noche; cuando le he visto abrir los ojos he sentido una felicidad tan grande que yo no puedo explicársela; el mal estaba hecho, padre; aquella noche había sido larga para mí como un siglo; y cuando mi padre habló con el herido, cuando acobó de reconocerle, cuando me dijo con el mismo acento que vos me lo habeis dicho, «María, ese hombre es un rey, ese hombre es casado,» ya no era tiempo, padre; yo le amaba ya con toda mi alma, con todas mis entrañas, como si hubiera sido mi padre, mi madre, mi hermano, mi hijo, todo junto cuanto se puede amar; más, mucho más aún; yo no soy culpable; yo, para arrancarme este amor tendrían que arrancarme el corazón; pero yo no mataré ni mi vergüenza ni la honra de mi padre; yo sufriré en silencio mi amor desesperado, yo sere buena.

Doña María, aquella misteriosa protegida de la reina viuda doña Leonor de Castilla, al llegar á este punto de su relato el monje, dejó ver una expresión de pena y de agonía, y su mirada vaga fué á fijarse un momento en el infante don Fernando.

Después volvió á posarse con ansiedad en el semblante del religioso.

Estaba estremeida y pálida.

No parecía sino que había tomado para sí las palabras de aquella otra María, villana, que había prometido al religioso ser buena, á pesar de lo incontrastable de su amor.

El religioso envolvió en una mirada severa, pero dulce, á la joven princesa árabe, y continuó.

No sé por qué confié y confío en la fuerza de la virtud de aquella pobre criatura.

Una inspiración me decía que ella no sucumbiría jamás á un amor vergonzoso y criminal.

Podía llevarse, pues, sin cuidado por su parte delante del hombre á quien amaba.

Además, yo necesitaba observar, saber si el rey don Jaime había contraído por María Gomis una pasión semejante á la que aquella había contraído por él.

Acabada la confesión, y después de una amonestación severa, absolvi á María.

La llevé por otra comunicación reservada al *Sacra Sanctorum* y la di la comunión.

Después de esto, y bajo la influencia de mis amonestaciones y del augusto acto inmemorial de la Eucaristía, la llevé á mi celda y al aposento apartado donde se encontraba el rey don Jaime.

La alegría que iluminó su semblante, á pesar de sus desgracias al ver á la joven, y la confusión, la vacilación, la expresión de lucha que sustituyó á su alegría en don Jaime, me demostraron que aquel, á pesar de su amor á doña Constanza su esposa, estaba tan enamorado de María como María lo estaba de él.

Hablaron muy poco, y aún así de una manera tímida, cobarde.

Era necesario separarlos.

Me llevé á María de nuevo á la tribuna, y antes de que yo la dijese lo que pensaba, ella me dijo:

—Yo no debo volverle á ver; esta es una gran desgracia: si continuamos viéndonos, acabaremos de volvernos locos los dos; nos olvidáramos de todo, y él tiene esposa, tiene hijos, y yo tengo padre y honra.

—Dios os bendiga, hija mía,—la respondí poniéndola las manos sobre la cabeza;—perseverad en ese buen propósito, y Dios os protegerá.

—Pero aunque yo no le vea,—me dijo,—aunque yo tratándose de mí le considere como si hubiera muerto, yo hare por él, por su esposa, por su hijo todo cuanto pueda.

—¿Y qué podeis vos, pobre criatura?—le dije.

—¡Oh! ¿quién sabe!—exclamó.—Un día había yo ido con mi barca á una gran peña que hay en medio del Ebro delante de nuestra casa.

Esta peña está tajada en la parte que corresponde contra la corriente.

Tiene unas tres ó cuatro varas de altura, y en la parte superior el corte de la roca hace como una silla con brazos.

Por la otra parte, la roca va descendiendo suavemente hasta el agua.

Yo había amarrado mi barca.

Me había sentado en aquella silla y pescaba desconfiada.

No había reparado en una gran barca tripulada por seis remeros á cada banda, en la cual había algunos jóvenes caballeros, uno de los cuales, que estaba de pie, en medio de la barca, no reparó en mí hasta que la barca estuvo muy cerca, tan cerca, que uno de los remos agarró mi cabo, y al impulso, y como yo estuviese muy inclinada sobre el borde de la roca, caí al agua.

Pero esto importaba poco, yo nado como un pez, y naturalmente, al salir á flote, aturdida por mi caída, y aún no repuesta por mi sorpresa, eché la mano al primer cuerpo que encontré junto á mí.

Me había asido á un costado de la barca.

Inmediatamente me sentí asir.

El caballero que estaba de pie en medio había acudido, y con unas fuerzas prodigiosas me había sacado del agua en peso, y me había puesto junto á sí dentro de la barca.

Aquel hombre era el rey don Pedro, que había ido por el río á solazarse con sus jóvenes caballeros.

El rey me miró con codicia; y como nada tenía que respetar en los que le acompañaban, pretendió rodearme la cintura.

Pero yo me escurri como una anguila.

Me arrojé de nuevo al río.

Nadé y gane la ribera.

Desde allí salude al rey con una carcajada de burla.

El rey me contestó á voces:

—Yo te juro, hermosa carpa del Ebro, que has de caer en mis redes.

Y el rey y sus jóvenes caballeros se deslizaron en su barca á lo largo del río cantando al son de los laudes que llevaban.

¿Y sabéis por qué el rey no ha hecho sentir su tiranía á la hija de Gomis-Gomis?

El ha llegado de noche cerca de nuestra casa.

El ha cantado para mí trovas de amor acompañándose en su laúd, y yo no he respondido.

He permanecido en mi lecho.

Más aún; ni aún ha halagado mi vanidad el que el rey me haya dado música.

Otras veces, cuando menos lo he esperado, me he encontrado junto á mí al rey disfrazado, que me ha dicho ansiosamente amores, que se ha mostrado enamorado de mí hasta la locura.

El ha llorado, ha suplicado, ha tentado mi codicia con grandes dádivas.

Pero no me ha dejado oír una sola amenaza.

El sabe bien que si por su causa aconteciese una desgracia á la María Gomis, todos los vendedores del Mercado gritarían: tiranía y contra fuero, y con los vendedores toda Zaragoza.

Y él sabe cuánto Zaragoza puede.

El no respeta en mí lo que yo soy, sino lo que en la plaza del Mercado de Zaragoza se me estima.

¡Ah! yo estoy tan segura del rey como lo está de él y de todos Nuestra Señora la Santísima Virgen del Pilar.

Y decis que yo no puedo nada para proteger al rey don Jaime? ¿Para devolverle su esposa? ¿Para devolverle su hijo? Pues qué, ¿tengo yo necesidad de otra cosa que ir á la plazuela del Mercado, reunir los vendedores, decirles: el rey es un tirano y un miserable; su hermana la infanta doña Constanza, la desdichada reina de Mallorca, no ha escapado

de su poder, no; su fuga ha sido una apariencia que el rey ha hecho para tenerla en su poder con su hijo, sin que nadie sepa que en su poder la tiene.

Después de esto, yo no tengo otra cosa que hacer que gritar encaramándome sobre la fuente: ¡contra fuero, Aragón y libertad!

Y si después de esto no zumban las balistas de los zaragozanos poniendo en fuga a los almogavares del rey, si media hora después no se ha escalado la Aljafería y libertándose a la reina doña Constanza y a su hijo, yo consiento, padre, en perder lo que tengo de honesta y de cristiana.

Mientras decía el abad estas palabras, los ojos de doña Maria Ben-Ismael, hijos en el religioso, brillaban de una manera extraña y terrible.

Se comprendía que se había comunicado a ella el fuego del entusiasmo de la villana Maria Gomis en favor de la desventurada familia del rey don Jaime, con la diferencia de que a Maria Gomis la impulsaba la pasión que sentía por el rey don Jaime, en tanto que a la infanta árabe la excitaban la generosidad y la caridad.

Porque en cuanto a amor, se comprendía claro que el que la llenaba el alma hasta rebosar por los ojos era el infante de Aragón, marqués de Tortosa, que así como su madre la reina doña Leonor, escuchaba con ansiedad el relato del religioso.

Este continuó:

—Yo disuadi de aquella generosa locura a la valiente y enamorada joven.

Aquello era hacer brotar de nuevo la guerra civil y poner en peligro las libertades aragonesas, que supo poner tan altas el buen rey don Jaime el Conquistador.

Pero no porque yo rechazase una locura desatendi lo que podía valer el auxilio de Maria, a la que puede llamarse la reina del Mercado de Zaragoza.

Era necesaria una conspiración en que se uniesen el brazo eclesiástico, el brazo noble y el estado llano.

El reino entero, en fin.

El brazo eclesiástico le tengo yo; el estado llano lo tiene Maria; el brazo noble podeis tenerlo vos, señora; por eso os envíe correos, por eso os dije: «Venid, venid con vuestro hijo el infante don Fernando; venid en nombre de la justicia, en nombre de la patria, y aún en nombre de vuestra venganza.»

Habeis venido.

Nadie lo sabe.

Vivireis oculta, y desde vuestro oculto hogar yo os pondré en comunicación con los prelados, con los infanzones, con los ricos-hombres y con los hombres buenos de Aragón.

Yo haré que emisarios secretos y seguros vayan a ponerlos en inteligencia con vuestro noble hermano el señor rey de Castilla.

Yo haré cuanto sea necesario, ayudado por vosotros, para derrocar la tiranía de esa fierna que amenaza devorarlo todo.

—¿Y yo, y yo?—exclamó levantándose en un energético arranque doña Maria Ben-Ismael; —¿no puedo yo ayudaros también contra ese miserable bebedor de su propia sangre?

—Todos los trabajadores son buenos, por débiles que sean,—contestó el religioso,—para la obra del Señor, y no hay obra más acepta a los ojos de Dios que la que se hace en nombre de su justicia.

En aquel momento llamaron a la puerta.

El infante don Fernando se levantó y se acercó rápidamente a ella.

(Se continuará.)

ESPAÑA Y PORTUGAL.

Todas las naciones trabajan hoy por la unidad de España y Portugal. El movimiento democrático que se nota en el mundo, proviene principalmente de que las naciones rotas han comprendido que sólo la república puede reintegrarlas en su completa personalidad. Al fin, cada nación representa un gran destino en el mundo. Francia es el pensador y el tribuno de la raza latina; Italia su poeta y su pintor; España y Portugal son su guerrero y su navegante. Este destino histórico, que es verdadero respecto a lo pasado, que quizá no sea cierto en lo presente, prueba, sin embargo, que los pueblos, como los individuos, son los artistas encargados de grabar una gran idea en el mundo.

Y así como el destino individual no se cumple sino con ciertas y determinadas condiciones, el destino social de los pueblos no puede cumplirse sino con arreglo a las leyes predefinidas. Y aun de estas leyes sin duda es la unidad nacional que da vigor a sus fuerzas. Por eso el instinto de las naciones comprendió en el siglo XVI que su unidad, aun alcanzada a costa de sus libertades, era el mejor remedio de sus males y el más firme y seguro apoyo de su completa regeneración. Las nacionalidades se fueron dibujando con mayor claridad, derramaron luz más nueva, y a pesar de los sacudimientos revolucionarios y de las conquistas del derecho, los pueblos modernos caminan presurosos en pos de su completa unidad.

La unidad nacional educa a los pueblos y los prepara para su completa emancipación y engrandecimiento. Uno de los servicios que la Convención prestó a Francia fue conservar robusta la unidad del pueblo francés, amenazada de muerte por los girondinos. La Asamblea de Francfort, concilio augusto de los más preclaros pensadores del mundo, puso también su pensamiento en la unidad alemana. Hoy, todos esos quejidos que se levantan de los azulados mares de Italia, esos grandes sollozos de la artista de la Edad Media, no son sino el eco del dolor que la posee, en el gran trabajo de su completa emancipación política y social. En los mares de Oriente se disolvió hace poco un gran imperio, que fue un día terror de Europa, asombro del mundo, pasmo de la historia; y la raza greco-slava levantará sobre los restos de ese inmenso cadáver una gran república, que reuna bajo el cielo de un mismo pensamiento a Atenas y Constantinopla.

La misma Rusia, que ligeramente llamamos bárbara desde hace siglos, no sólo es como el mediador plástico entre Asia y Europa, que de otra suerte yacerían apartadas por insondables abismos, sino que con sus conquistas, con su diversidad de naciones agrupadas a costa de grandes sacrificios y a veces de grandes crímenes, conserva la unidad de la raza slava, que acaso en las grandes catástrofes de los tiempos presentes se halla destinada a ser como los nuevos germanos de esta civilización, inoculándole el espíritu vigoroso de la personalidad que poseen maravillosamente las poderosísimas razas del Norte, aun aquellas que parecen más abatidas y esclavas. Y aquí, en los límites de Occidente, ¿no hay también dos pueblos que necesitan abrazarse y confundirse en un mismo pensamiento? Un mismocielo les sonríe; dos hermosos mares les prestan vasallaje: Naturaleza los ha hecho hermanos y representan una misma nacionalidad.

Para convencerse de que las dos naciones representan una misma nacionalidad, no hay más que convertir los ojos a la historia. Parece imposible que dos pueblos, separados en muchas ocasiones, hayan seguido tan paralelamente una misma suerte. Esto, en el fondo, nada significa sino que hay algo más poderoso que las divisiones políticas, arbitrarias, que es la fraternidad de los espíritus. Ya bajo

la dominación romana, cuando el yugo del vencedor pesaba sobre ambos pueblos, reuníanse a la sombra de unas mismas enseñanzas lanzando un mismo grito de guerra los celtiberos y los lusitanos. La personificación de esta unidad de los hijos de la península, es ese inquieto soldado, incansable como nuestras legiones, valeroso, aventurero, popular, que toma todas las formas de la guerra para pelear; que rompe, desbanda, destroza, aniquila con su poder las legiones romanas; que posee el genio de la victoria como su propio genio, símbolo eterno ya del valor de nuestros hijos, del lusitano Viriato.

Después sufren las dos naciones el extraño yugo, y pasan por todas las catástrofes de los tiempos modernos. Romanas son cuando el mundo es romano; godas son cuando el mundo pasa a ser posesión de las razas del Norte. Leovigildo las reúne después bajo un mismo cetro. El espíritu y la forma de la España goda es el espíritu y la forma de Portugal. Una misma idea las une, un mismo destino les cabe. El día de su gran desgracia, aquel día nefasto en que el cetro de los godos se quiebra como una caña a orillas del Guadalete, toda Iberia viene a ser la sultana favorita de los hijos de Alá. Su predominio en Portugal se conoce por el genio poético de su nacionalidad y por los audaces giros de la lengua. Aunque la historia nada dijera, basta leer esas palabras guturales esmaltadas de dulcísimas vocales para comprender que el genio de Oriente las ha dejado perdidas en los aires, a orillas de los mares, en los bosques, y las ha depositado en la memoria del pueblo.

Mas para libertarla del yugo agareno, derramaron su sangre los hijos de Castilla. Dígalo el rey que cedió laureles en Clavijo; dígalos el que coronó con la victoria cristiana los soberbios muros de Toledo. Cualquiera que sea la nacionalidad portuguesa, no puede, no debe olvidar que sangre nuestra, sangre de españoles ha rociado el laurel de sus glorias. ¡Cuántas veces los reyes de León y de Castilla desplegaron la enseña de la cruz y el castellano empuñaba sus armas, y entraba en Portugal precedido del genio de la victoria! Pero un día, un grave error de Alfonso VI rompió la unidad de las conquistas castellanas, reconstituidas a costa de tantos sacrificios, después de la división en mal hora hecha por don Fernando I. Para recompensar servicios hechos en Toledo, creó condados en Portugal. Y de aquí parte que en el siglo XII naciera la nacionalidad portuguesa, desgajándose como una hermosa rama del árbol frondoso, secular, de nuestra gran nacionalidad.

Alfonso Enriquez, el Pelayo portugués, pudo romper los lazos políticos de las dos naciones; pudo con su soplo crear una nueva nación; pudo separarnos con un río de sangre; pero no pudo aniquilar sus ideas, que, como el aroma de las flores, se unían en el cielo, haciendo de ambas una sola nación.

La ley histórica, la nacionalidad española en la Edad Media, es lucha interior del rey y el pueblo con la nobleza; lucha exterior de la raza cristiana con la raza árabe. Pues la misma lucha interior tiene Portugal.

¿Quién no recuerda las luchas de don Juan el Perfecto con la nobleza? ¿Y quién no admira las heroicas empresas de Alfonso el Africano? Portugal corresponde a la civilización española, a la civilización ibérica; pelea a nuestro lado, participa de nuestras desgracias, realiza un mismo fin. Al mismo tiempo que nuestros reyes van arrancando una por una las orientales ciudades andaluzas al plácido serrallo de los árabes, los reyes de Portugal se lanzan sobre el Africa y emprenden una lucha gigantesca, magnífica epopeya digna de tan gran pueblo.

Arzola, Tänger, cantarán siempre al mundo las glorias portuguesas. Pero hay algo de más profundamente original en el destino re-

servado á nuestra nacionalidad comun. Cisneros domina en Africa; en Oran Carlos V. Al mismo tiempo, los portugueses se extienden por Africa; pero no es este el signo que nosotros queremos recordar. Al espirar el siglo xv, parece como que la humanidad siente palpar un nuevo mundo en sus entrañas. El genio inquieto de nuevas conquistas domina entonces á España y Portugal. Al mismo tiempo que la imprenta descubre nuevos horizontes en el cielo del pensamiento, el genio emprendedor de las naciones occidentales descubre nuevos mundos, nuevas regiones en el espacio. Vasco de Gama va á las Indias orientales. Colon á las Indias occidentales. Los dos, con la intuición divina del genio, abren nuevas rutas al pensamiento humano, al arte; los dos derraman de sí nuevas creaciones. No parece sino que España y Portugal tenían en sus manos las llaves de oro de la tierra. No parecía sino que Dios les había enseñado desde los cielos el mundo. No en vano Camoens hace tributarios de Portugal los mares; no en vano cree que sus perlas son para la corona de su patria; no en vano ve alrededor del frágil barco que conduce á los navegantes portugueses agruparse las nereidas, las ninfas, los dioses de las aguas; sin duda alguna su nación, en aquellos siglos hermosos y gloriosos, es dueña del Océano.

Así, en el siglo xvi, el papa, desde las alturas del Vaticano, haciendo la señal de la cruz ó invocando el genio de la Iglesia, divide una nueva creación entre España y Portugal.

La raza ibera reunida tendria una fuerza incontestable; seria, andando el tiempo, la cabeza de la raza latina, y así podria cumplir el destino histórico que la Providencia nos designa: la unidad de la raza latina en America y la propagacion del Cristianismo en el Africa.

EMILIO CASTELLAR.

~~~~~

## HONOR DE ESPOSA Y CORAZON DE MADRE

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

El portal era grande, y sus paredes estaban llenas de grietas y desconchadas, y de groseros dibujos y letreros hechos con carbon.

A la izquierda, y tras una de las hojas medio desvencijadas de la puerta, veíase un biombo lleno de remiendos y con una ventanilla que permitia descubrir al otro lado el bulto de un hombre sentado junto á una mesa inclinado y cosiendo á todas horas.

A un lado tenia una gran espuerta llena de trozos de tela de diferentes tamaños y colores.

El personaje en cuestion era el señor Policarpo Recorte, maestro sastre, que vivia en la misma casa, y era á la vez el portero, el conserje, el vigilante, el apaciguador de todas las disputas y el consejero de toda la vecindad.

El señor Policarpo era honrado como pocos y trabajador incansable; pero tenia como toda criatura sus flaquezas, pues era vanidoso cuando se trataba de su inteligencia, creyendo que Dios le habia dotado de un talento sin igual.

En sus ratos de ocio, él leia cuantos libros iban á sus manos; pero desgraciadamente no consiguió con esto más que exaltar su imaginacion, produciendo una confusion lastimosa de ideas.

Desnuda estaba de pelo la cabeza del señor Policarpo en su parte superior, de manera que los que llegaban á la ventanilla del biom-

bo veian ántes la calva que el cuerpo del honrado sastre.

Era hablador en demasia; preciábase de cortes y le agradaba hacer uso de palabras retumbantes, cuyo significado muchas veces desconocia.

Aprender una palabra nueva era para él como descubrir un tesoro, y en seguida, viéniese ó no á cuento, la repetia hasta que la habian oido todos los habitantes de la casa.

No hay que decir que el señor Policarpo era pobre; pero si que habia envidiado, que no tenia hijos, y que no habia querido volver á casarse.

Por más que parezca extraño, hablaba siempre con el más profundo respeto de su difunta mujer.

Si con tantos detalles damos á conocer al señor Policarpo, para algo será.

El señor de Guevara y Querubin se acercaron al biombo.

—Tengo el gusto,—dijo el señor de Guevara,—de saludar al más honrado de los habitantes de la villa.

—¡Ah!—exclamó el buen sastre, levantando la cabeza y dejando ver su rostro de abultadas facciones y expresion cándida y alegre.—¡Vos aquí, señor caballero!... Entrad, entrad y honrares mi pobre chiribitil!...

También os acompaña el señor Querubin... Me alegro mucho... Adelante, adelante.

El señor de Guevara y su protegido dieron algunos pasos.

Allí no habia más que una silla sin respaldo y fue ocupada por el caballero.

—Y á que debo el honor de esta visita?—preguntó el sastre.

Pero antes de recibir contestacion dirigióse á Querubin, y le dijo:

—Me parece que habeis crecido desde la última vez que os vi.... Os desarrollais muy bien y vais á ser un buen mozo.... Conque deciais....

—Digo,—interrumpió el hidalgo,—que es preciso que inmediatamente recorteis esa capa para que pueda servir á mi ahijado, pues la suya, sobre que ya estaba muy raída, fue anoche agujereada y casi hecha girones en fuerza de cuchilladas de unos desalmados que quisieron ver si este niño tenia los puños y el corazon de hombre.

Al oír esta mentira quedó algo confuso Querubin, si bien no le sorprendia.

—¡Cuchilladas!—exclamó el sastre estremecciéndose.—¿Y el señor Querubin?...

—Hizo frente á los tres bandidos, hirió á dos y á los tres los puso en fuga. No podia suceder otra cosa, pues sabéis ya, señor Policarpo, que yo he sido su maestro de esgrima. Tiene buena escuela, le sobran puños y corazon.... ¡Truenos y rayos!... Ha de dar que hacer á muchos valentones espadachines.

Posado de orgullo hablaba así el señor de Guevara.

—Olvidais el almuerzo,—dijo Querubin.

—Es verdad; ocupémonos de la capa.

—Arreglada quedará en un momento.

—Pues manos á la obra, porque el estómago me atormenta á pesar de que anoche cene un par de perdicés, una anguila y dos botellas de añejo vino.

—Bien os tratais.

—Como á mi clase corresponde.

—Ciertamente,—repuso el señor Policarpo, mientras colocaba la capa sobre los hombros de Querubin y tomaba el jaboncillo para señalalar.

—¿Y cómo anda el oficio?—preguntó el hidalgo, que tampoco podia permanecer mucho tiempo silencioso.

—Mal, señor caballero; pero se gana para vivir, si no con holgura, con alguna comodidad y honradamente.

—Los tiempos están malos y preciso es tener paciencia....

—¿Os parece bien que corte por aquí?

—Bien me parece como á vos os parezca.

—Pues ya está señalado,

Quitó el sastre la capa de los hombros de Querubin, la colocó sobre la mesa y se dispuso á cortar; pero en aquel instante oyóse una voz varonil que decia:

—Señor Policarpo, una palabra.

Oír la voz, arrojar la tijera y ponerse de un salto fuera del biombo, todo fue uno para el buen sastre.

—¿Qué diablos le sucede?—dijo el señor de Guevara.

Y miró hacia el portal.

Querubin miró también por la ventanilla, y sin poder contenerse, exclamó con tono de sorpresa:

—¡Ah!... ¡es él!

Retrocedió.

—¿Quién es?—preguntó con extrañeza el hidalgo.

Y excitada su curiosidad, buscó también con la mirada á la persona que hablaba con el sastre.

Hizo el hidalgo un gesto de sorpresa, diciéndole para sí:

—¿Quién habia de creer que el señor Policarpo tuviese relaciones con gente tan principal?

La persona que hablaba con el sastre era un jóven que no tendria más de veintiseis años, de regular estatura y dotado de singular belleza varonil.

Sus grandes ojos pardos y su espaciosa frente revelaban una inteligencia nada comun y nobles sentimientos.

Vestia lujosamente como un noble de primera calidad, es decir, iba cubierto de terciopelo, raso y oro.

En sus zapatos relumbraban los diamantes de las hebillas.

Destellaba un rico joyel en su sombrero de tres picos, y entre los encajes flamencos de su chorrera veíanse también diamantes de gran precio.

Los dijes que pendian de las cintas de sus dos relojes y las piedras que adornaban la empuñadura de su espada valian bastante para enriquecer á una familia.

Su continente y sus maneras distinguidas estaban en armonia con su lujoso ropaje.

El señor Policarpo escuchaba con profunda atencion y más profundo respeto, haciendo continuas reverencias.

La conversacion no duró más de un minuto.

—Adios, buen Policarpo,—dijo el jóven desplegando una sonrisa benevola.

Y se embozo en su capa riquísima de paño forrada de seda, saliendo del portal y desapareciendo.

Volvio el sastre donde estaban sus parroquianos.

—Perdonad,—dijo con alguna turbacion;—pero no he podido desatender á ese noble caballero, que me ha favorecido muchas veces con su generosidad.

—Teneis buenos amigos,—dijo el señor de Guevara.

—¡Amigos!... no puedo honrarme con la amistad de ese caballero; pero si con que sea uno de mis parroquianos.

—¿Haceis la ropa á un hombre como ese?

—Son obra vuestra sus riquísimos vestidos?

—No, eso no; pero las composturas, las reformas, la ropa ordinaria de alguno de sus criados....

—Entiendo.

Querubin, que parecia muy preocupado desde que vió al lujoso caballero, dijo:

—Señor Policarpo, supongo....

—¿Qué suponeis?

—Quiero decir, que como ese caballero no ha venido á esta casa á buscaros, y como en esta casa habita gente pobre....

—¿Y cómo sabéis que no ha venido á buscarme?

—Primeramente, porque un hombre como él no se toma semejante molestia.

—Sois demasiado caviloso, señor Querubin.

—Además, el poderoso caballero salia de la casa, y....

—Tengo entendido que socorre no sé á quién, porque como no soy curioso, y.... en fin, al pasar aproveché la ocasión para decirme que era preciso poner forros nuevos á las libreas de sus criados.

—¿Conque decís que socorre?...

—No lo sé, no lo sé,—interrumpió el sastre mientras abría y cerraba las tijeras recordando la capa.

El hidalgo desplegó una sonrisa maliciosa, y dijo:

—Señor Policarpo, todo eso tiene un olorillo á intriga.....

—¡Caballero!

—Cuidado, que vais á cortar por donde no debeis

La turbación del pobre sastre había llegado al último punto.

El hidalgo mostróse implacable, y prosiguió diciendo:

—Si no hubiese intriga no os aturdiríais, pues cuando la conciencia está tranquila....

—¡Oh!.... Tranquila está mi conciencia. Honrado he sido siempre y lo seré.

—Vuestra honradez no la pongo en duda, pues no deshonran cierta clase de intrigas.

Querubín fijó una mirada penetrante en el señor Policarpo, y después de algunos momentos le dijo como quien está seguro de no equivocarse:

—Favoreceis á ese caballero, y tal vez al hacerlo así probais vuestro amor á la justicia. Si agradecido él os recompensa, no me parece que esto sea un motivo para que os avergonceis. ¿Por qué habeis de negarlo? ¿Tan poca confianza os inspira nuestra discreción? Tal vez hemos sido demasiado curiosos; pero como prueba de que no queremos meternos en lo que no nos importa, ponemos desde ahora mismo fin á la conversacion.

—¡Bien dicho!—exclamó el señor de Guevara.

—¿Conoceis á ese caballero?—preguntó el sastre.

—Tal vez,—respondió Querubín.

—¿Y acaso?...

—Dicen que es tan noble de alma como de cuna; pero yo no tengo motivos para juzgarlo.

—Vuestro padrino....

—Amigo mío fué su padre en otro tiempo, y aun lo es; pero como la fortuna me volvió la espalda, dejándome cada día más pobre mientras él se hacía más rico, se interrumpieron nuestras relaciones y no nos saludamos como no sea que por casualidad nos encontremos en la calle.

—Entonces....

—No hablemos más de este asunto. Recordad la capa, que aún no hemos almorzado.

Ocupóse el sastre en cumplir su deber sin reanudar la conversacion.

Los otros también guardaron silencio.

Querubín parecía cada momento más preocupado.

Terminó el señor Policarpo, y el mancebo se puso la capa.

—¿Cuánto os debo?—preguntó el hidalgo.

—Esto no vale nada, señor caballero.

—Es que....

—Me avergonzaria de tomar dinero por tan poca cosa á un parroquiano como vos.

—Os estoy agradecido.

—Yo me considero honrado, señor de Guevara.

Despidiéronse y salieron, tomando hacia la calle Mayor para ir á la plaza del mismo nombre, donde debían almorzar en una hostería.

Querubín continuaba silencioso y meditabundo.

## CAPÍTULO VI.

### El almuerzo.

Los peligros que la noche anterior había corrido Querubín, no lo pusieron tan pensativo como la presencia del caballero que había

cruzado algunas palabras con el señor Policarpo.

¿En qué consistía esto?

No es posible adivinar qué relaciones había entre un pobre diablo como el ahijado del señor de Guevara y un personaje como el que llevaba hebillas con diamantes.

El hidalgo, que también había quedado meditabundo, recobró el contento al entrar en la hostería; y empezando á gritar, puso en movimiento á todos los criados.

Ya era el hidalgo allí demasiado conocido, y á nadie le sorprendió que hablase tan fuerte para hacer muy poco gasto.

Situáronse en una pequeña habitación donde no había más que una mesa.

Allí nadie había de interrumpirlos.

—Hoy,—dijo el señor de Guevara,—es preciso cometer un exceso, y por consiguiente, mi querido Querubín, te autorizo para que pidas lo que mejor te parezca.

—Tengo poco apetito.

—¡Vive el cielo!.... Decir á tu edad que el apetito es escaso.

—Me parecerá bien lo que dispongais.

—Dispondré, pues si no lo hago así jamás acabaremos, y el estómago me atormenta con una crueldad espantosa.

Y al decir esto el hidalgo, bostezó ruidosamente, aunque cuidando de hacer una cruz en su boca.

Luégo, dirigiéndose al sirviente, dijo:

—Trae unas chuletas, aceitunas, queso de la Mancha y vino del más puro y añejo que tenga el bribón de tu amo.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco, bergante?

—No; pero por si acaso....

—A quien debiera parecerle poco es á mí, que estoy acostumbrado á comer como un príncipe, y ahora me obligan las circunstancias á tragar vuestros potajes y la carne de buey secular que ofrecéis á vuestros parroquianos.

El criado salió para obedecer.

El hidalgo dejó su capa, su espada y su sombrero sobre una silla, sentándose en otra junto á la mesa.

También Querubín se quitó su capa y su sombrero y se sentó.

—Hablares despues de haber empezado á comer, porque francamente, las fuerzas me faltan.

—Tiempo nos sobra,—dijo el mancebo.

Era imposible que el señor de Guevara permaneciese silencioso algunos minutos, y ya que no se ocupase de lo que más le interesaba, habló del mal servicio de la hostería y de sus hazañas de la juventud.

Querubín escuchó distraidamente, y casi creemos que no entendió una sola palabra de lo que su protector decía.

Sirvieron el almuerzo.

Principió el hidalgo por beber vino y comerse una chuleta, diciendo despues:

—Esto es otra cosa. La carne está dura; pero al fin es carne, y el vino no me parece del todo malo. Me siento regenerado, y por consiguiente, podemos dar principio á nuestra conversacion.

Enrojecieron las mejillas de Querubín como si fuese á brotar la sangre.

El señor de Guevara fijó en el mancebo una mirada escudriñadora, diciéndole:

—Te pones colorado como una cereza. Esto es sospechoso. ¿Cuernos de Satanás!.... ¿Qué te ha sucedido? Quiero explicaciones claras y terminantes. Como hace mucho tiempo, me recogí anoche á las ocho y media. Tú no habías ido, te esperé, y á las diez me metí en la cama. Ignoro á qué hora fuiste á casa; pero si sé que tu capa se ha perdido, que me has hablado de aventuras extraordinarias, de alcaldes, escribanos y alguaciles, de honor, de sacrificios, de peligros muy graves y no sé de cuántas cosas más. Creo que tengo algún derecho á saber lo que te pasa, porque te amo como pudiera amarte tu padre, y por-

que estoy dispuesto á sacrificar mil veces la vida por ti.

—Pues bien, todo lo sabreis.

—Aún no has bebido.

—Bebere.

—Así me gusta, porque el hombre que no bebe no es hombre.

Querubín lleno y vació un vaso de vino.

Estaba resuelto á decir la verdad.

—Te escucho,—dijo el hidalgo mientras destrozaba la quinta chuleta.

—Hace cuatro meses, una tarde al oscurecer me detuve maquinalmente á la puerta del convento de Santo Domingo el Real, mirando á los que salían de rezar las Cuarenta Horas.

—Eso no es un crimen.

—Sin darme tampoco cuenta de lo que hacía, entre en el templo.

—¿A rezar?

—No lo sé.

—Prosigue.

—Ya no había más que tres personas, dos mujeres y un hombre.

—Gente de elevada clase....

—Una bellísima dama con su dueña, y un caballero que las miraba sin pestañear.

—¿Y cómo supiste que la dama era bella?

—Recataba el semblante con su manto; pero descubría sus grandes ojos azules como el cielo y de dulcísima expresion.

El hidalgo desplegó una maliciosa sonrisa, bebió y tomó otra chuleta.

—También,—prosiguió diciendo Querubín,—pude ver los cabellos blondos de la hermosa jóven, pues no se había empolvado la cabeza.

—¿Y sus manos?

—Iban cubiertas por finisimos guantes, y en ellas tenía sus camándulas, que pasaba una por una mientras se movían sus rojos y frescos labios.

—Son deliciosos esos detalles.

—El caballero, muy jóven y ricamente vestido, la miraba siempre con insistencia, lo cual me desagradó mucho, no porque á mí me ofendiese, sino porque parecía uno de esos mozalbetes desvergonzados y cobardes que no se ocupan más que en divertirse á costa del prójimo.

—Bien, mi querido Querubín; la historia me agrada, y estoy viendo venir una lluvia de cantarozos que me hubiera dado gran contento presenciar.

—Sobre ese punto os equivocáis.

—Sepamos.

—Levantáronse las dos mujeres y se dirigieron á la pila del agua bendita. Junto á la pila se colocó el caballero....

—Y tú.

—Creí que también tenía derecho para hacer lo mismo.

—¡Voto á cien legiones!

—¿Hice mal?

—Muy bien, porque eres mi ahijado.

—Quedamos allí como dos estatuas y prontos á meter en el agua los dedos. Era de ver el contraste que formábamos, el caballero con sus relumbrantes vestidos, y yo con mi raída y humilde ropa.

—¡Magnífico!—exclamó el señor de Guevara.

Y tomó algunas aceitunas para desempalagar y seguir engullendo chuletas.

—La dama llegó. Miraba al suelo; pero vió que á la vez le ofrecíamos agua bendita; turbóse, y con la turbación no pudo ocultar el rostro tan bien como hubiese querido....

—¡Oh!.... Aquel rostro....

—Era un rostro hechicero, ¿no es verdad?

—Es una de esas bellezas que tienen no sé qué.... Perdonad, perdonad.

—Adelante.

—Vaciló mientras la dueña refunfuñaba.

—¿Y al fin?...

—Tomó el agua que yo le ofrecía.

—¡Rayos y truenos!—gritó en el colmo del entusiasmo el señor de Guevara.

—Arrugó el mozalbete el entrecejo.  
—Supongo que tú te reirías.  
—No sé lo que hice, porque me sentía trastornado.

—¿Y luego?  
—Salieron las dos mujeres y nosotros tras ellas. Más turbada cada vez, tropezó la hechicera rubia y el rosario se escapó de entre sus dedos.

—Tú lo recogerías, lo besarías devotamente.  
—El otro me ganó entonces la partida.

—¿Tripas de Satanás!....  
—No sé lo que sentí.

—¿Llevabas la espada?  
—Sí, pero yo no había recibido ninguna ofensa.

—¿Mil truenos!.... fuiste torpe y debiste dejarte matar.

—Escuchad, padre mío.  
—Sí, ya escucho.

—El mozalbete, con un descaro sin igual, dijo: «Perdonad; pero esta prenda no puede volver á vuestras manos, porque es para mí precioso talisman que siempre llevaré sobre mi corazón.»

—Eso era una ofensa, y tú....  
—«Caballero, dije, estoy aquí para defender á esta dama.» Y al mismo tiempo le arrebaté el rosario y lo presenté respetuosamente á la jóven. El atrevido mozalbete rugió mientras sus ojos despedían centellas.

—¿Y las dos mujeres?  
—Alejaronse corriendo y poseídas de terror.

—Supongo que el otro sacaría la espada.  
—La sacó mientras me llamaba villano; pero yo no dejé reposar la mia, y allí mismo, ciegos de furor, cruzamos los aceros.

—¿Lo mataste?  
—Estaba sobradamente castigado.

—¿Pues qué hiciste?  
—Tenía fiijos los puños, era torpe además, y en un dos por tres lo dejé desarmado, yendo á parar su espada á veinte pasos lo menos de nosotros.

—Bien, muy bien.  
—Estaba á salvo mi honor, envainé el acero, y paso entre paso subí cuesta arriba hasta llegar á la plazuela de Santo Domingo. Allí me detuve y volví atrás la cabeza.

—¿Te seguía el otro?  
—No tuvo por conveniente recibir una segunda lección.

—Entusiasmado el señor de Guevara, levántose, abrazó á su ahijado, bebió y dijo:  
—¿Sabes quién es el caballero?

—No.  
—¿Y la dama?

—Sí.  
—¿Su nombre?

—María.  
—Hay muchas que se llaman lo mismo.

—Tened paciencia, que todo lo sabreis.  
—Paciencia me sobra.

—El primer día de fiesta que llegó fui á misa á Santo Domingo el Real.

—Querubín, tú estás enamorado.  
—Padre mío....

—Continúa.  
—Encontré á la jóven, y sus ojos me dijeron que me había reconocido. Le ofrecí agua bendita y la tomé; la seguí, y á pesar de su timidez, volvió varias veces la cabeza. Vi que entró en una gran casa y pregunté quién habitaba allí.

—¿Qué te respondieron?  
—Que allí vivía el comendador Saavedra.

—¿Dios nos asista!  
—¿Lo conocéis?

—Demasiado bien.... ¡el orgulloso don Pedro!....

—Su hija es un ángel.  
—Ya lo sé; más de una vez la he visto.

—Desde aquel día mi única ocupación fue andar por los alrededores de la vivienda de don Pedro.

—¿Si no hacías otra cosa....  
—Con una doncella de María conseguí entablar relaciones.

—Y al fin?...  
—Fueron y vinieron recados.... ¡Oh!....

Hay cosas que no pueden explicarse.  
—Pero el resultado?...  
—Yo amaba ci-gamente á la hija del comendador; yo, infeliz, sin nombre y sin fortuna; y ella, con un nombre ilustre y única heredera de cuantiosos bienes....

—Te amaba también, no es difícil adivinarlo.  
—Y nuestro amor es tan intenso, que no hay locura que no estuviésemos dispuestos á cometer.

—Cuidado, Querubín,—dijo severamente el hidalgo.  
—Padre mío, he respetado á María, y antes que dejar de respetarla yo mismo pondría fin á mi existencia.

(Se continuará.)

## ENTRE LA SOPA Y LOS POSTRES.

### I

Ruego á usted que se sirva, señor don Cosme; aquí no hay purés, ni tapiocas, ni salsas, ni cosa que huela á extranjero; es una sopa española, procedente de una olla podrida, como se llamaban nuestros clásicos pucheros en tiempo de Gil Blas de Santillana. Al honrar usted mi mesa, le brindo con lo que buenamente hay.

—Muchas gracias, señora doña Restituta,—replicó el bueno de don Cosme poniéndose un plato de sopa.—Es usted tan amable que me obliga á salir de mi regla ordinaria.

—Aquí no hay regla que valga,—replicó el marido de doña Restituta, hombre bonachón y campechano si los hay, llamado don Próspero.—Aquí nos tratamos con entera confianza; somos antiguos amigos, nos conocemos allá desde el rincón de nuestra provincia, y hoy tengo un verdadero placer en que se encuentre usted sentado en mi mesa.

—El placer es mío,—replicó el obsequiado don Cosme haciendo reverencias á derecha e izquierda.—Pero sirvanse ustedes también; estos niños merecen que sean atendidos los primeros. ¿Son frutos de bendición?...  
—Para servir á Dios y á usted,—contestó doña Restituta con la vanidad de una madre satisfecha.—Son mis pequeños Aristides y Olimpidoro; nombres griegos, caballero, por la sencilla razón de que Próspero cree que los santos de la Iglesia griega son menos conocidos y comunes que los santos de la Iglesia latina.

—Dejemos eso á un lado,—añadió el dueño de la casa;—ahora lo que importa es saber cómo se encuentra usted en la corte, cuándo ha venido usted, y cómo tengo el gusto de que esté usted á mi lado. Conque decia usted, señor don Cosme.... decia usted....  
—Decia, amigo mío, que me encuentro en la corte para un asunto de sumo interés para mí, que no hace veinticuatro horas que he llegado, y como el asunto que aquí me ha traído tiene que ventilarse entre los dos, de aquí la causa por lo que al tener la satisfacción de visitarlo ayer he merecido la honra de que me convida á comer hoy.... ¿Está usted satisfecho?

—Ciertamente que lo estoy.... Sólo falta saber el asunto,—replicó don Próspero bamboleanse majestuosamente en su butaca.—Si es alguna cosa reservada, lo dejaremos para otra ocasión; pero si puede tratarse durante la comida, como hacen hoy los árabes, los húngaros, los gauchos, los patagones y yo no sé cuántas razas más, la ocasión no puede ser más propicia. Un buen vaso de vino de Valdepeñas le dará á usted la locuacidad necesaria para explicarse, y otro buen vaso de vino idem me dará á mí la virtud para callar. Conque decia usted....

—Decia lo que dicen ciertos franceses, señor don Próspero, que la buena mesa sirve para las buenas conversaciones. Venga el vino

y entremos en materia. Entre la sopa y los postres deben tratarse ciertos negocios; los ingleses son muy estúpidos en profesar el axioma contrario.

Doña Restituta se restregó las manos con satisfacción para demostrar su curiosidad. Aristides y Olimpidoro levantaron la vista del plato, y don Próspero estiró el pescuezo, del que pendía una blanca servilleta.

Don Cosme tosió dos o tres veces, y recostándose contra su silla, exclamó:

—Tengan ustedes la bondad de escucharme.

### II

Hizo una pausa y prosiguió:

—La historia que voy á contar....

—¿Cómo la historia!—le interrumpió don Próspero.—¿Nos trata usted de sorprender agradablemente con una historia?

—Algo de eso, amigo mío. Como todo hombre tiene algo de novela, yo, que soy el héroe principal de la que voy á referir, debo exponer ciertas explicaciones antes de entrar en el lleno del asunto que me ha traído á Madrid, y que da origen á mi estupenda narración.

—Conque estupenda, ¿eh?

—Estupenda, piramidal, colosal, fenomenal.

—¿Zape!

—Ni más ni menos, señor don Próspero. Escúchenla ustedes y juzguen. Apuesto de antemano que se quedarán con la boca abierta. Ya sabe usted que desde hace algunos años, Cupido, como se decía en tiempo de Moratin, había disparado contra mi sensible corazón una flecha emponzoñada. Los ojos, la cara, la nariz, la boca y todos los demás accesorios de su sobrina de usted, señor don Próspero, de aquella sobrina que habita en nuestro pueblo y que hoy está bajo la tutela de usted á causa de la muerte de su padre; de aquella sobrina que se llama Mariana y que hoy habita con su tía doña Francisca, hermana de usted, habían hecho tal estrago en mi complexión, que ni me dejaban comer, ni beber, ni dormir ni descansar.

—¡Diantre!—exclamó don Próspero;—yo creía que ya se habría usted olvidado de Mariana.

—¡Olvidarla! Desgraciada, ó mejor dicho, afortunadamente, no. Al principio debía intentarlo. Yo era un pobre hidalguillo que no tenía fortuna; que estaba, hablando en propiedad, sin una blanca en el bolsillo; que tenía que vivir á expensas de mi buen tío don Claudio, y por último, que me hallaba obligado á ser un paseante sin oficio ni beneficio, sin otra esperanza, sin otro porvenir que la exigua herencia de mi ya referido tío. La situación no era, pues, de lo más bonancible. La vagancia en lo presente, en la distancia la miseria tal vez, y enamorado por añadidura, eran tres cosas mucho peores que los tres enemigos del alma. Sin embargo, yo no podía olvidar á Mariana, y cuando no la veía estaba deseando tenerla delante de mis ojos; y cuando lograba esta dicha deseaba que fuese eterna, y así así nunca estaba contento, porque me contemplaba á mí mismo y me veía atado de pies y manos para ofrecerle un amor que necesariamente en vez de flores había de ofrecer espinas.

Ultimamente principié á desesperarme ante los inconvenientes que me ofrecía el destino, y cuando un hombre se desespera es capaz de todas las diabluras que pueden imaginarse.

Yo pensé en emigrar, en irme al Río de la Plata, donde dan una legua de tierra cuadrada á cada colono que quiera ir á establecerse allí; en pedir un destino para Fernando Poo ó las Islas Marianas; en hacerme comisionista, poeta ó ayudante de telegrafos; mas para todo esto se necesitaban recomendaciones, genio ó estudios preparatorios. Opté por lo más difícil, por la poesía. Me aprendí de memoria desde el arcipreste de Hita hasta Puente y Brañas; pero jamás pude hacer una anacreontica, ni

una décima, ni una redondilla. El Parnaso me rechazaba; y como estaba enamorado hasta los tuétanos, me dije un día en que veía cerradas para mí las puertas de la esperanza:

—Pues señor, es cosa hecha; ya que no sirvo para maldita la cosa, lo mejor de todo es apelar al suicidio. La muerte es la tranquilidad eterna, como ha dicho no se quien; me mato, y negocio concluido. Mariana me llorará y yo quedaré satisfecho. Será un consuelo para mis restos el que ella venga a derramar lágrimas sobre mi tumba. Larra se levantó la tapa de los sesos por una mujer; Marsilla, el fino amante de Teruel, se murió de puro amor. Hoyes moda quitarse de en medio cuando se está enamorado y no se posee un centimo. A morir, pues, y adelante.

Pensé en seguida en la clase de muerte que fuera menos violenta, y recorrí en mi imaginación desde el fósforo hasta el pistoletazo, desde el Canal hasta arrojarle desde el tejado á la calle; pero todo esto me pareció tan desesperado, que no me atreví á optar por ninguna de aquellas fórmulas expeditivas. Entonces me acordé de haber leído en una novel francesa un suicidio llevado á cabo por medio de las flores, y resolví, por último, suprimir mi individuo asfixiándome dentro de una habitación herméticamente cerrada, llena de grandes ramilletes de flores.

¡Ni Cleopatra! exclamé para mi capote. Y á fin de pensarlo bien, me metí en la cama.

### III

Hizo el bueno de don Cosme una pausa como para tomar aliento, y aprovechándose don Próspero y doña Restituta de este intervalo, exclamaron casi al mismo tiempo:

—Pero hombre,—dijo don Próspero,—¿es verdad lo que está usted diciendo?

—¿Es posible,—añadió su esposa,—que pensara usted en tal disparate?

—Cuando uno está enamorado es capaz de todo. Yo tenía á Mariana siempre delante de mí. Si comía, veía su imagen en el fondo del plato; si bebía, observaba su rostro á través del vaso de agua; si estaba solo, me figuraba que hablaba con ella; y últimamente, si dormía, soñaba con su sombra, con su recuerdo, con su voz y su sonrisa. Así es, que como he tenido el honor de decir á ustedes, me acosté para pensar cómodamente en el modo de matarme. Al principio pensé en las flores, que desprenden de sí como carbono; pero sin saber cómo y sin pensarlo siquiera, me quedé profundamente dormido. La Naturaleza me vencia; pero aquí entra lo maravilloso, lo singular, lo inesperado. ¡Pásmense ustedes!

—¿Como que nos pasamos!—exclamó don Próspero.

—Porque aquí está lo incomprensible, lo inexplicable. Me quedé dormido, y es probable que llegué á roncar como un patriarca. La idea del suicidio de las flores, de Mariana, todo se borró de mi imaginación. Penetré en la sombra de los sueños, vi esa imagen espantosa de la muerte, y sentí un bienestar extraordinario. De pronto....

—¡Ah! ¿Qué pasó de pronto?—exclamó doña Restituta alarmada.

—Soñé, mejor dicho, tuve un sueño singular.

—¿Sí?



ENTRE LA SOPA Y LOS POSTRES.—En la sopa (pág. 55).

—Si señora; soñé que se me presentó un enano más ancho que alto, con el pelo crespo, barba rubia que le llegaba al suelo, el cual llevaba un pergamino en la mano. Se me acercó lentamente, desplegó ante mis ojos el dicho pergamino, y me dijo con una voz ronca: —Yo entonces clave mi mirada en el punto donde él señalaba con el dedo, y lei lo siguiente:

Si quieres encontrar tu fortuna,  
Compra una carga de aceite y véndela en Osuna.

No bien hube leído este extraño distico, cuando el enano y el pergamino desaparecieron de mis ojos. Sin saber cómo desperté de repente, pero sin saber cómo también me parecía que estaba leyendo siempre el enigmático letrado del pergamino. ¿Qué significaba aquello? Yo me había acostado con la idea del suicidio, y despertaba bajo el imperio de una caprichosa y extraña rareza de la fantasía. Eso de comprar una carga de aceite para ir á venderla á Osuna á fin de tropezar con el porvenir, sólo podía nacer de una imaginación enferma como la mía. Procuré desear el extraño ensueño que tan rápidamente me había subyugado, y aunque no pude volver á dormirme, resultó que no me volví á acordar del suicidio que premeditaba.

Pero al día siguiente volví á ver á Mariana, comprendí las barreras insuperables que se oponían á nuestra felicidad, y pensé de nuevo en privarme de la existencia por medio de las flores. A la noche tenía madurado mi plan. Al día siguiente iría á los huertos inmediatos, y allí encontraría grandes ramos de rosas para consumir mi obra. Mientras tanto, llegada la noche me volví á acostar, y al punto me quedé dormido. ¿Querrán ustedes creer, señor don Próspero y señora doña Restituta, que no bien me quedé vencido cuando el enano del sueño anterior se me presentó de nuevo?

—¿Caracoles!—exclamó el primero.

—¿Y llevaba el pergamino?—preguntó la segunda.

—Ni más ni menos, señora.

—¿Y decía lo mismo?

—Lo mismo.

—Eso es maravilloso.

—Tanto lo es, que dormido y todo como estaba me quedé pasmado. De nuevo lei el ya célebre distico de que «si quería hacer fortuna comprase una carga de aceite y la vendiera en Osuna.» y de nuevo desperté y de nuevo quedé admirado de tan singular coincidencia.

—Y era para estarlo,—replicó don Próspero.

—¿Pero en fin?...—añadió la impaciente doña Restituta.

—El fin ya lo verá usted, señora. Lo cierto es que todo el día estuve con la cantinela del letrado, hasta que á la tercera noche quise quedarme dormido á cosa hecha por si se me aparecía el enano misterioso.

—¿Y se apareció?

—Apenas cerré los ojos.

—¿Y traía la barba rubia?

—Sí señora.

—¿Y el pergamino?

—También.

—¿Y el letrado era el mismo?

—El mismo.

—Pues señor, eso ya pasa de fantástico.

—Tanto pasa, mi señora doña Restituta, que á la cuarta noche soñé lo mismo, y á la

quinta igual, y á la sexta idem. Y el enano no me dejaba, y el letrado lo tenía siempre delante de mis ojos, hasta que comprendí que aquello, lejos de ser un sueño, era un aviso; que la esperanza no había muerto para mí, y que un sueño tan persistente encerraba algo más que un sueño. Medite en el caso. La cuestión era algo humillante para mi orgullo. Eso de convertirme en aceitero, en arriero, en trajinero era una cosa demasiado dura para mí; pero el oráculo no admitía interpelaciones. Al fin y al cabo, más valía el consejo del enano que el consejo de mi desesperación; entre matarme ó lanzarme al camino en busca de una fortuna fantástica, era mejor aceptar este segundo recurso. Me armé de valor, me fui á ver á mi tío don Cláudio, le pedí un asno que él tenía para ir á sus cortas heredades, vendí mi ropa, compré otra propia para el caso, me hice de mi correspondiente carga de aceite, y cátenme ustedes convertido en arriero camino de Osuna, para vender el célebre líquido del que al parecer pendía mi fortuna.

Decíles á ustedes lo que yo pasé en los cuatro días de jornadas que empleé, sería hablarles de la mar, como ahora se dice. Todo el mundo que se enteraba del cargamento que llevaba se me burlaba en mis bigotes, por la sencilla razón de que en Osuna estaba el aceite mucho más barato que en el pueblo de nuestro nacimiento, donde lo había cargado; todos me aseguraban que perdería la mitad del precio, y entonces principié á renegar y maldecir de mi destino por haberme dejado llevar de sueños y supersticiones. Pero ya el mal estaba hecho, y no había más remedio que marchar adelante. Ultimamente, después de aquellos cuatro días mortales, llegué al ya para mí aborrecido Osuna, deseoso de desprenderme del aceite y volver á nuestro pueblo para suicidarme de veras y sacrificar á Mariana el último aliento de mi existencia.

### IV

—Pues señor,—dijo en aquel momento don Próspero llenando de nuevo la copa de su comensal y sonriéndose de una manera algun tanto maliciosa,—veo, amigo mío, que ha sido usted demasiado cándido en dar crédito á un sueño algun tanto persistente, y sobre todo que se ha hecho digno de la mano de mi sobrina, siquiera por los sacrificios que ha sabido llevar á cabo. Porque ya sea usted pobre como las ánimas benditas, la verdad es que no ha nacido usted para hacerse arriero y vender cargas de aceite, por muy honrada que sea dicha profesión. ¿Es decir, que en

resumidas cuentas tuvo usted que realizar su ya dicho aceite á mucho menos precio del que le hubo costado?

—Ahí verá usted,—replicó don Cosme.—Cuándo llegué á Osuna, me encontré sin saber qué hacer. Nadie hacía caso de mí ni de mi aceite; los compradores me ofrecían á la mitad del precio, y yo estaba poco menos que dado á todos los diablos por haber dado crédito á la fantástica leyenda de «si quieres encontrar tu fortuna, compra una carga de aceite y vendela en Osuna.»

Desgracia y no suerte era la que me perseguía. Sobre tantos males, anochecía de prisa y corriendo, principiaba á llover y no sabía dónde meterme. Por último, al llegar al extremo de una calle que salía al campo vi una puerta abierta, creí que allí había una posada y llamé á ella.

—¿Quién es,—dijo una voz ronca desde adentro.

Sin saber por qué me estremecí. Se me figuraba haber oído aquella voz en alguna parte. Sin embargo, contesté en seguida:

—Soy un pobre arriero que busca posada.

—Pues adelante, amigo, aquí puede usted descansar.

—Entré, y ¡cuál sería mi asombro, mi espanto, mi estupor cuando reparo que el posadero era ni más ni menos que la *vera effigie* del enano de mi sueño! Me restregué los ojos, creí que estaba soñando, tuve intenciones de abandonar mi aceite y echar á correr; pero después, cediendo á la reflexión, comprendí que todo podía ser efecto de una casualidad, puesto que hay hombres y seres que se parecen, y que materialmente era del todo imposible que el enano de mi sueño fuera el posadero de Osuna. Sin embargo, ¡era tan exacto el parecido! ¡era tan extraña la casualidad!

Ultimamente dejé que se me acercara, y dejé también que me ayudase á descargar el aceite. No me dijo una palabra, pero á mí se me figuraba que no cesaba de mirarme.

La posada era un zaguán largo y oscuro. A la izquierda estaban las cuadras, en el centro se veían unas escaleras, y á la derecha estaba la chimenea. Un farol con una luz triste y mortecina alumbraba aquel cuadro. No había un alma en la posada; solamente el enano y yo.

Cuando dejé á mi asno en los pesebres, me dirigí á la chimenea, donde ardía un buen fuego. El enano, ó el posadero, estaba allí como esperándome. Había anochecido, y el viento y la lluvia resonaban por la parte de afuera. Volví á mi creencia de que todo lo que me estaba pasando era un sueño, pero yo me tentaba y retentaba á fin de tener la conciencia de que me hallaba despierto.

Me senté á la lumbre, y por largo rato hubo un largo silencio. Yo miraba al posadero, y siempre veía en él á mi enano con su barba rubia, sus ojos saltones y su sonrisa maliciosa. Sólo le faltaba el dichoso pergamino. Después de una hora de aquella calma, que tenía algo de fantástica, el posadero al fin rompió el silencio.

—Conque vamos á ver, buen amigo,—me dijo con el tono más natural del mundo:—¿qué cargamento trae usted? si es que se puede saber y no es contrabando.



ENTRE LA SOPA Y LOS POSTRES.—En los postres (pág. 57).

Al oír aquella voz que me era tan conocida, me estremecí de nuevo, pero contesté al momento:

—Traigo unas pocas arrobas de aceite que vender.

—¿Aceite!

—Y de superior calidad.

—¿Díantre!—replicó el enano.—¿Y de dónde diablos lo trae usted cuando es público que aquí en Osuna está ese artículo casi tirado por los suelos?

—Lo traigo de la Andalucía alta.

Soltó el enano, ó el posadero, como ustedes quieran llamarle, la carejada más burlesca que se pueden imaginar, y exclamó:

—No he visto otra en todos los días de mi vida!... ¡Conque aceite de la Andalucía alta para venderlo en la Andalucía baja! ¡Pues no sabe usted, buen hombre, que aquí se compra mucho más barato, y por consiguiente que va usted á perder la mayor parte del capital empleado?

—Ya lo sé,—contesté algo amostazado con aquella observación,—pero....

—¿Pero qué?

—Que no hay otro remedio.

Y cediendo al deseo de desahogarme acerca de lo que me pasaba, le conté al posadero la peregrina historia de mis repetidos sueños, la aparición del enano, cuya semejanza con él era igual á la de un huevo con otro huevo, y la escritura que me anunciaba de que si quería encontrar mi fortuna que comprase una carga de aceite y la vendiese en Osuna.

Esechó el posadero mi historia con no poca risa y algazara, hasta que una vez algo más sosegado contestó:

—¡Bah! ¡bah! El lance no deja de ser chistoso. Ha de saber usted que no debe hacerse caso de sueños. Yo también hace pocas noches soñé que á media legua de aquí, en las ruinas de un antiguo castillo de moros que llaman *El Antiguo*, levanté una gran piedra que allí existe con una olla ó caldera esculpida, y una vez levantada me encontré con una caldera verdadera llena de oro. Pero ¿quién hace caso de sueños?

—Y soñó usted eso!—exclamé asombrado.

—Tal como se lo digo á usted.

—¿Y es verdad que hay ese castillo y esa piedra?

—Tan verdad como ahora está lloviendo y es de noche.

Quedéme suspenso al oír esta explicación y no dije una palabra. ¿No tenía una misteriosa correlación el sueño del posadero con el sueño que yo había tenido? ¿No podía consistir el

encontrar usted, lo que es natural, algún nido de ratas y lagartijas.

—Se equivoca usted,—replicó don Cosme;—encontre, aun todavía me embarga la emoción al recordarlo, encuentre ¡asómbrense ustedes! ¡pásmense ustedes! un caldero lleno de hermosas monedas de oro.

Al escuchar estas palabras, don Próspero vaciló en su asiento, doña Restituta estuvo á pique de desmayarse, y los niños, es decir, Aristides y Olimpiodoro, quedaron con la boca abierta.

—¿Conque oro!... oro!

—De legítima ley. Mi sueño no había mentido. Mediante la célebre carga de aceite, acababa de encontrar mi fortuna en Osuna, y al punto cargué en mi asno todo el oro que pude. Cuatro viajes fueron bastantes para trasladar todas aquellas riquezas á mi casa, por lo que una vez con esta garantía me presenté á mi siempre idolatrada Mariana, le pedí su blanca mano, y ella accedió á mi petición á trueque de contar con el consentimiento de usted. En su vista, me he dirigido á Madrid, y aquí tiene usted explicado el por qué he venido á Madrid y por qué tengo el gusto de estar á su lado. De la noche á la mañana me he puesto rico; ¡otorga usted su consentimiento de que Mariana sea mi esposa?

—Tanto lo otorgo,—contestó don Próspero,—que desde luego me doy la enhorabuena por tan cumplido enlace. Y ahora que se ha acabado la comida y principian los postres, ¿le parece á usted, señor don Cosme, que dejemos para el fin el arreglo de las condiciones matrimoniales?

—Para el fin ó para mañana. La cuestión capital era su consentimiento, y ya lo tengo. ¿Qué me importa lo demás cuando he esperado tanto tiempo?

TORCUATO TARRAGO.

## SECCION DE AMÉRICA.

### JUICIO CRÍTICO

DE LOS

### POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuación.)

Dice el Sr. Bocayuva, escritor brasileño, refiriéndose al bello sexo platense:

«A la nativa elegancia de su raza, agrega la movilidad del gesto, el donaire de la actitud, la vivacidad del movimiento, la fogosi-

dad de la expresión, la altivez del genio, el aire señorial del imperio y del dominio, que no teme oposición ni combate, porque en todos los variados accidentes de su vida sólo encuentra delante de sí vasallos sujetos á su influencia, á su acción, á su poder, y pedirá permiso para añadir á su tiranía.»

Y en efecto, la mujer platense domina al hombre por su docilidad y severidad, le hace amar la vida con sus gracias, y sabe hacerle conocer lo que vale, sumisa, pero digna y desinteresada.

Por eso añade el señor Bocayuva con mucha verdad:

«El extranjero, aun cuando esté recién llegado, identificase luego con las costumbres, con el idioma, con las instituciones, con las prácticas de ese nuevo mundo que viene el á explorar, y que acaba por ser definitivamente la patria de sus últimos días, la tierra que le da un sepulcro después de haber sido la cuna de sus hijos, la divinidad nutriz (*dea nutrix*) que lo alimentó por el trabajo y lo engrandeció por la fortuna.»

El poeta pueda dar expansión en aquel país á su estro, y vivir halagado por un amor puro y sincero, que es en realidad toda la vida del poeta.

Sin embargo, en todas partes el amor tiene espinas, y á la mujer se la atribuye inconstancia, según se desprende de la siguiente composición anónima que hemos visto hace poco, creemos que en un periódico limeño, y que también creemos original de América:

#### La niña y el gato.

Una niña á su gato  
le dijo un día:  
—¿De quien es el cariño  
del alma mía?  
Y ¡oh! desvario!  
el gatito maullando  
le dijo: —Mio.  
—¿A quien sino á tí solo  
sirve de lecho,  
con su calor suave  
mi tierno pecho  
si tiene frío?  
¿de quien es mi regazo,  
de quien es? —Mio.  
—¿Para quien mis caricias  
tengo guardadas?  
¿Quien te duerme en sus brazos  
en las veladas?  
Dí, si sonríes,  
mi beso de contento  
¿de quien es? —Mio.  
Pasáronse los años  
entre delicias;  
pero la niña al gato  
no hace caricias.  
—¡Ah!—dice;—¿en dónde  
está mi bien? Y el gato  
ya no responde.  
Ha perdido la joven  
ya su alegría,  
y llorando, á su gato  
le dice un día:  
—Dí, mi albedrío  
¿de quien es? Mas el gato  
no dice.—«Mio.»  
¡Pobre gato! Los celos  
diz que dan muerte;  
á tu dueño le debes  
tan cruda suerte.  
De su desvío  
sólo decir ya puedes  
maullando:—«Mio.»  
Mas aprended del gato  
tiernos amantes,  
que nunca las mujeres  
fueron constantes.  
Y es desvario  
el amor de una niña  
llamarlo mio.

Esta poesía tiene mucho mérito por la facilidad y soltura de su versificación y lo bien que se encarna en un sentimiento, que aun-

que sea á veces de aventuradas alusiones, no deja de estar elegantemente expresado.

Chile tiene muchos y buenos poetas.

La poesía de Guillermo Matta, *El Beso*, es de un mérito indisputable.

Dice en una de sus estancias:

¡Ah! vuélveme tu mirada  
y contempla mi agonía,  
que es de un alma enamorada  
solo mi amante porfía.  
Y si tu enojo provoca  
de mi demanda el exceso,  
tú puedes sellar mi boca  
con un beso.

Sigue á ella *El Contraste y Avaricia*, concluyendo con esta tierna querrela:

Deja á mis ojos penetrar en tu alma,  
y sea yo el solo dueño de ella.

Es digna de elogio también la poesía de don Rafael Pombo *Tu Confesión*. Está en preciosas quintillas, de las que es muy delicada la que dice:

Eres mi bello argumento  
de fe para el corazón.  
En santo recogimiento  
te adora mi pensamiento,  
ángel de la contrición.

Tan delicado como éste es el pensamiento de Blest Gana en la composición *La Tumba* y en los versos que siguen:

Y de esas flores cogí  
una, la menos hermosa,  
para ponerla en la losa  
de la tumba que hay en mí.

La composición *A los ojos de una morana*, hecha en Santo Domingo por el señor Raul, es muy fácil y suave.

Dice al comenzar:

¿Por qué te has ofendido,  
bella sultana?  
¿Por qué cierras las hojas  
de tu ventana?  
¿Acaso enojos?  
Deponlos: son mi vida  
tus negros ojos.

Y dice al concluir:

Vedme, pues; abrasadme,  
¿por qué tardáis?  
¡le decís tanto al alma  
cuando miráis!  
Miradme luego,  
que yo quiero morirme  
con vuestro fuego.

Revelase en esta poesía un fuego de pasión erótico, pero respetuoso, que pone en evidencia, no sólo una inspiración fecunda, sino también gran caudal de recursos para los giros amorosos de la redondilla. Este poeta tiene una rotunda versificación.

(Se continuará.)

## AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

SEGUNDA PARTE.

(Continuación.)

Esta clase de felicidad doméstica es sumamente egoísta y hace mucho daño en el corazón. Por lo regular, nada significa el quebranto ajeno cuando no lo experimentamos

nosotros mismos, y véase la causa por lo que había contacto en la casa de Pedro Avellan.

¿Participaba Ana de este bienestar, de esta alegría, de esta perpetua satisfacción?

Para contestar á esta pregunta es preciso levantar con el escalpelo de la psicología los pliegues de aquel corazón juvenil, ardiente y apasionado.

Ana era sencilla, no era coqueta; era, sí, como saben nuestros lectores, un *bulle-bulle* que tenía mil conexiones con la ardilla y mil afinidades con la liebre. Mientras tuvo á su lado á su amante, ella vivió para él; se ponía muy compuesta sólo para él; se coronaba de flores sólo por agradarle.

Al otro día de su marcha, aquella niña amaneció triste como la luna cuando viene la aurora á robarle sus místicos resplandores. Le faltaba la luz, le faltaba la vida, y se contentaba con llorar.

Se levantó temprano, se vistió modestamente, y dijo á su madre que quería ir al convento de la Concepción.

Ella encontró muy natural aquel desecho y dispuso que fuese acompañada por la tía Teresa, que á más de ser una antigua criada de la casa, reunía la de merecer toda la confianza de su ama.

Y una vez en la Concepción, Ana se hincó de rodillas delante de la hermosísima Virgen de los Dolores; y como si reconcentrase en aquella bendita Madre toda su esperanza, dirigió hácia ella estas palabras, que apenas se escaparon de sus labios:

—Yo juro, Madre mía, que á nadie amaré sino á él; que no lo olvidare nunca, que solamente él será mi esposo; que mi corazón será siempre suyo. Yo vengo aquí, á vuestras plantas, á renovar mi juramento; el juramento que anoche le hice entre el último adiós de la despedida.

Ana volvió á su casa más tranquila desde que hizo este juramento.

Entregóse á sus tareas ordinarias; pero la risa había desaparecido de sus labios, y su madre no dejó de extrañar esta novedad.

A los tres días de la ausencia de Rafael tuvo una carta de éste.

En ella le decía cómo había sido declarado soldado por el consejo de la provincia; que había ingresado en el batallón de cazadores de Arapiles, y que dentro de pocos días marchaba con su cuerpo á Barcelona. Después le hablaba de su amor tranquilo y confiado, y se prometía igual correspondencia.

Ana volvía de tiempo en tiempo al altar de la Virgen de los Dolores, y allí pasaba horas enteras enfrente de aquella imagen divina, obra de quien Roldán y Montañes, hablando artísticamente, hubiesen tenido envidia.

Y de este modo pasaron los días, los meses y los años, hasta que sucesivamente ocurrió la muerte de la madre, del padre y del tío de Rafael en la forma que dejamos dicho.

¿Dejó de escribir Rafael todas las semanas como había prometido? No. Sus cartas se sucedieron siempre sin faltar en nada á cuanto hubo ofrecido en un principio. El amor del soldado era invariable.

¿Seguía Ana correspondiéndole con igual firmeza?

Sí, seguía; pero Ana era mujer.

Y quien dice mujer, dice mudanza, valiéndonos de la frase de un poeta.

Dos años tienen setecientos treinta días, y estos días tienen la friolera de diez y siete mil quinientas veinte horas, dando estas horas la cantidad de un millón cincuenta y un mil doscientos minutos; bien puede decirse si en este periodo de tiempo pudo ó no pudo modificarse el amor de aquella joven.

Presentamos simplemente los hechos, y nuestros lectores juzgarán. En aquellos dos años consecutivos, Ana no podía estar pensando siempre en Rafael. Ana tenía mil amigos, las cuales la distraían de sus más recordados pensamientos; Ana era una de esas jó-

venes admirables por lo bellas, que llaman la atención de todo el mundo; y esto, si no desvaneciese, halaga al corazón más indiferente; Ana era muy conocida para estar constantemente encerrada en su casa; y por último, Ana era rica para pasar con indiferencia entre la generalidad.

Todo esto era muy natural.

Había además otra cosa.

Si Ana salía de paseo, no faltaba quien la lanzase, á manera de una arma arrojada, lo que vulgarmente se llama un piropo. Si había en la ciudad una boda ó un bautizo, Ana era casi siempre la primera convidada; si ocurría un baile en alguna casa, Ana tenía que ser la primera en la brillante reunión, siendo siempre la que más bailaba.

Cierto es que en medio de la fiesta siempre cruzaba un recuerdo por su mente; pero con la variedad extremada de los accidentes exteriores, se evaporaba el dicho recuerdo y Ana seguía la corriente, como se dice en términos generales.

Y como Ana era sobradamente rica, tenía entrada en todas partes, en las casas de las familias aristocráticas del pueblo y en las de las gentes de su condición. Ana estaba en una edad en que debía saber muchas cosas, y sus padres no escatimaron el dinero para perfeccionar en todo lo posible la educación de su hija.

Y de aquí el que Ana supiera bordar de todas formas y de todas maneras; de aquí el que bailase desde el sencillo fandango hasta la danza más aseñorada; de aquí el que Ana estuviese al corriente de las modas y de los figurines; y por último, el que hablase de novelas, de dramas y hasta de óperas, fruta prohibida a los vecinos de la ciudad.

Todos estos conocimientos, todas estas nociones hacían el que Ana se encontrase distraída mil veces, y ya ocurrió una vez, dentro del susodicho millón cincuenta y un mil doscientos minutos, el que teniendo que escribir á Rafael dejase la escritura para asistir á un baile que había en casa de un don Cándido de los Ríos, fuerte comerciante, oriundo del Valle de Pas.

Este don Cándido tenía dos niñas rubias, un tanto pecosas y simplemente bonitas; pero estas niñas sabían tocar el piano, cantaban un poco, tenían el mal gusto de haberse apasionado de la música de la *Traviata*, y con estos antecedentes, excusado es decir que la casa de don Cándido siempre estaba de fiesta.

Ana era allí la primera convidada, y mal podía la joven dedicarse á sus pensamientos amorosos cuando á cada instante tenía momentos de satisfacción y de placer.

Verdad es que Ana apenas se reía, hasta que una tarde, por no sé qué ocurrencia, soltó al fin su alegre y antigua carenjada.

Margarita y Lutgarda, que eran las hijas de don Cándido, exclamaron asombradas:

—¡Gracias á Dios que te ries de veras!

Ana se acordó de Rafael y se puso seria subitamente.

—Me he reído casi sin saber de qué; una distracción la tiene cualquiera.

—La risa suele ser hermana del llanto,— contestó una voz suave y varonil á espaldas del grupo de las tres jóvenes.

Estas, que se creían solas, volvieron la cabeza y se encontraron frente á frente con Carlos Fuster, joven de una familia también de labradores ricos, que estudiaba ni más ni menos que el sexto año de leyes.

Ana miró á Carlos, y replicó:

—Bien puede ser.

Pero la verdad es que toda aquella tarde estuvo pensando en como es posible que el llanto se mezele con la risa.

## X

El tercer año de ausencia.

No somos aficionados á la aritmética. Para nosotros toda cuenta, en vez de ser afirmativa, es absolutamente negativa.

Por lo tanto, no queremos acumular sobre la cifra de los dos años anteriores la nueva suma de los días, de las horas y de los minutos de este tercer año.

Ana, la niña convertida en mujer, porque tres años son para la juventud lo que tres días son para la ancianidad, Ana siguió sin saber cómo olvidando á Rafael. A medida que la distancia era más larga, Rafael iba siendo para ella más pequeño.

¿Se escribían?

Todas las semanas aparecía siempre la invariable carta del soldado; pero Ana, no encontrando ya palabras que decir, dejaba de contestar y pasaba dos semanas en silencio.

Pero al fin contestaba.

Un día, á la hora de comer, la dijo su padre entre grave y risueño:

—Tengo, hija mía, ciertos proyectos sobre tí. Vas siendo una mujer y es menester fijarse seriamente en tu destino.

Estas palabras fueron para Ana como un enigma de la esfinge.

Principió á pensar en ellas, y soñó quince noches seguidas con aquel destino desconocido, del que le había hablado su padre.

Durante este tiempo, Rafael no apuntó siquiera en la memoria de la joven.

Pocos días después, un domingo por cierto, hubo reunión en casa de don Cándido de los Ríos. Aquella noche se cantaba, se tocaba el piano y se bailaba. Ana fué la primera en acudir, pues sin saber cómo le había cobrado afección á estas reuniones.

Ana, brillante de lujo y deslumbradora de hermosura, se sentó entre sus amigas; pero estas se fueron distrayendo por aquí y por allá, y cuando ella recordó, echó de ver que había á su lado un joven elegante y de finos modales.

Este joven era Carlos Fuster.

Estaba silencioso y algún tanto pálido. Vestía con soltura y parecía entretenerse en jugar con la cadena de oro de su reloj. No podía decirse que Carlos era guapo y buen mozo, pero sí que era simpático y agraciado. Tenía crecida toda la barba y algo corto el pelo de la cabeza.

Además de estas circunstancias personales reunía otras muy importantes. Era rico, y estudiaba el último año de leyes. Dentro de dos ó tres meses sería abogado.

Ana miró al joven y le saludó con un gracioso movimiento de cabeza.

Este le dijo:

—Deseaba con toda mi alma estar al lado de usted. Al fin se me ha logrado este deseo.

—Gracias,—contestó ella bajando los ojos.

—¿Bailará usted conmigo esta noche?

—Por qué no?

—Es que no me consideraba con el derecho de hacer semejante exigencia,—dijo Carlos clavando su mirada en la de Ana.—Yo no sé por qué se me figuraba que sería usted tan intransigente consigo misma como en un principio.

—No comprendo eso,—contestó Ana.

—Es bien sencilla mi frase. Como antes no bailaba usted....

—¡Ah!....

Y Ana tuvo que acordarse de Rafael en aquel momento.

—Yo no sé qué idea habrá tenido usted para imponer semejante privación,—prosiguió Carlos;—me habían dicho que iba usted á entrar de monja en el convento de la Concepción; y ya se ve, todo esto no me permitía dirigirla la invitación que acabo de hacerla.

Ana se puso encendida como una amapola. Carlos despertaba en ella un recuerdo; Carlos le trajo á la memoria la Virgen de los Dolores, olvidada por ella hacia mucho tiempo.

Sin embargo, para borrar la confusión que se había pintado en su semblante, sonrióse en seguida y se apresuró á contestar:

—Esta noche, por lo que se vé, está usted

de muy buen humor. Me alegro mucho que sea así.

Desde aquel momento se puede decir que Carlos Fuster fue la sombra de Ana. Si salía de paseo, allí estaba él; si había una reunión, allí se encontraba á su lado. Carlos tenía un precioso petro cordobés, y todos los días por mañana y tarde pasaba montado á caballo por delante de los balcones de Ana.

Esta se iba sensiblemente acostumbrando á la presencia de aquel joven, por más que éste no pasaba jamás los límites de la más elevada y distinguida consideración. Ana le saludaba y cruzaba algunas palabras con él.

De esto modo trascurrieron unos cuatro meses.

Las amigas de Ana principiaron á darle bromas acerca de la muda galantería de Carlos Fuster; pero la joven manifestaba terminante que Carlos no pensaba en ella.

¿Pensaba ella cuando pronunciaba estas palabras en Rafael?

He aquí lo que nosotros no podemos decir.

El corazón de la mujer es las más veces el problema de la fatalidad humana.

Una noche había reunión en casa de don Cándido de los Ríos, y, como de costumbre, Carlos se encontró al lado de Ana.

Ya nuestro joven había recibido la investidura de licenciado en derecho y cursaba el año de doctorado. Era, pues, para toda aquella sociedad femenina lo que se llama una excelente conveniencia.

Aquella noche era de las últimas de Septiembre y hacía bastante calor.

Colocada Ana en uno de los balcones principales de la casa de don Cándido, se perdía su pensamiento contemplando esos millones de estrellas con que la mano de Dios borda todas las noches la bóveda de los cielos.

Nunca el semblante de Ana había tenido una expresión más encantadora.

—¿En qué piensa usted?—la interrogó Carlos interrumpiendo la contemplación de la hermosa joven.

Ella bajó los ojos, y clavándolos en él, contestó:

—Pienso.... ¿qué sé yo!

—Muchas veces, cuando no hay confidentes aquí en la tierra, los buscamos allá en el cielo. Se creería que usted hablaba con algo invisible que sólo usted tiene el derecho de percibir.

—Es que miro simplemente á las estrellas, Carlos,—respondió Ana.

—¿Y qué sabemos,—observó el joven con triste acento,—si en alguna otra parte habrá otras miradas contemplando las mismas estrellas que usted contempla?

¿No era esto un recuerdo á su antiguo amor, ó una queja delicada sobre una esperanza futura?

Ana volvió á bajar los ojos no sabiendo qué decir. Había en aquella frase un fondo de verdad que la hacía daño.

Después, cambiando súbitamente de fisonomía, le preguntó:

—Me han dicho, Carlos, que marcha usted pronto á Madrid. ¿Es cierto eso?

—Sí, lo es; voy á tomar el grado de doctor; es el último paso de mi carrera.

—Lo que tal vez quiera decir, que una vez en la corte olvidará, acaso para siempre, el pueblo de su nacimiento.

Carlos miró á Ana de un modo intenso y profundo, y contestó:

—Según y conforme. Y digo esto, porque si he de encontrar aquí mi felicidad, volveré; si no, acaso me haga vecino de Madrid para toda mi vida.

—¿Pero qué considera usted aquí como su felicidad?

El joven volvió á mirar á Ana, se detuvo como si meditase en la contestación que había que dar, y dijo por último:

—Mi felicidad es una; está encerrada en usted, vive en usted, depende de usted; bastante le digo: adios.

Y se alejó del lado de la joven después de haberle hecho aquella extraña declaración de amor.

# XI

Llegar á tiempo.

Ana quedó meditando en las últimas palabras de Carlos. Las tinieblas de aquel corazón se disipaban. Un relámpago lo había iluminado todo.

Allí existía un amor profundo, inmenso y silencioso. Aquel amor era como una luz nueva que venía á mortificarla ó á desvanecerla; era como una de esas brillantes aureolas que ofuscan á los esplendores antiguos, envolviéndolos en una oscuridad suprema.

¿Que experimentó Ana al escuchar aquel idioma que estaba prohibido á su corazón? Ella misma no lo sabía. Quedaba siempre el eco de aquellas palabras resonando en su oído; había un agente misterioso que los trasladaba al alma; había cierto sentimiento que se identificaba con aquel otro sentimiento que acababa de brillar como un volcán en el horizonte de su vida.

Esto era muy natural.

Ana volvió á su casa dominada por extrañas impresiones que turbaban su fe y mortificaban su espíritu. Acaso no se comprendía tal vez temblaba al querer sondear su corazón.

Encerróse en su alcoba para consagrarse á sus pensamientos; pero su doncella de confianza le entregó una carta que había llegado por el correo.

Era la acostumbrada carta de Rafael.

Ana tembló; aquel papel le quemaba las manos.

Al encontrarse frente á frente con aquella carta, le pareció que su conciencia se agitaba, que iba á salir de ella una voz acusadora, y que se encontraba delante de un juez mudo, pero inexorable.

Había olvidado que aquel día era por lo común en el que recibía las cartas de Rafael; y cuando se encontró con ella, sintió que el rubor inflamaba su rostro y que la turbación agitaba su pecho.

Sin embargo, después de haberse dominado, y cuando se quedó sola, rompió el sobre, y con cierta extraña ansiedad, leyó lo siguiente:

*«Algeciras 15 de Setiembre de 1859.»*

«Amada de mi corazón: Mi última estaba escrita en Madrid; esta la dirijo desde una ciudad de Andalucía. En ocho días apenas he tenido tiempo para desembarazarme de tanto negocio, y aquí me tienes trasladado al batallón de cazadores de Alcantara en calidad de sargento primero de la primera compañía.

«Esta marcha repentina tiene para mí un carácter desconocido. Dices que vamos á África y que se va á organizar en esta ciudad una división de vanguardia. Lo cierto es que llegan tropas sin cesar y se habla de una próxima guerra con los marroquíes.

«Parece que se pone á nuestro frente el general Echagüe; y como pudiera suceder que se interrumpiese mi correspondencia, á causa de tener que embarcarnos é internarnos en el corazón de esa tierra sombría y montañosa que se levanta altiva enfrente de las costas de España, te lo prevengo para que ningún cuidado turbe la pura tranquilidad de tu corazón.

«Ya sabes cuán serena é invariable es la confianza de mi amor para que, faltándote alguna carta, puedas dudar de mí. Como tengo fe en Dios, tengo fe en el porvenir, y acaso esta guerra sea el feliz término de nuestra separación. Si es que se lleva á cabo, habrá rebaja en el tiempo del servicio, y ¿quién sabe?

«He notado que tu correspondencia no viene con la exactitud de un principio, pero esto no me llama la atención. Tus ocupaciones domésticas no te permitirán escribir á vuelta de correo, y esta reflexión tranquiliza al po-

bre soldado que no te olvida ni en las más penosas exigencias del servicio.

«Adios; confía, como siempre, en tí, el que te adora con toda su alma,

RAFAEL.»

La serena y tranquila redacción de esta carta, donde se reflejaba el amor del soldado y la suprema confianza que tenía en su amada, aterrorizó á Ana.

Había en su corazón una espina que le lastimaba, un puñal invisible que la hacía sufrir horriblemente.

Como si luchase con una pesadilla dolorosa, se le presentó por un lado la figura simpática y si se quiere reservada de Carlos Puster, y por otro la de aquel consecuente y leal soldado que tan noblemente le tributaba el homenaje de su amor.

Era un martirio para su alma candorosa. ¿Cuál era su deber en aquella ocasión?

Ella no lo sabía; pero gran parte de la noche la pasó llorando.

(Se continuará.)

## SECCION DE ACTUALIDADES.

### HISTORIA

DE LA

#### INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Esta sublevación presenta un carácter especial; no se parece á ninguna.

Los partidarios del Pretendiente se levantan en armas, se hacen dueños de una gran extensión de territorio, y parecen dispuestos á luchar denodadamente hasta vencer ó ser vencidos.

Sin embargo, desde los primeros días y en todas partes se les ve rehuir los encuentros con el ejército.

¿Era esto un plan bien meditado?

Tal vez así querían tomarse tiempo para que les respondiesen en otras provincias, y para organizarse y hacerse doblemente fuertes.

Debemos suponer que á don Carlos de Borbon se le había convencido de que era deseado, y de que las poblaciones no necesitaban más que el apoyo de algunos miles de hombres armados para dar inmediatamente el grito de rebelión, proclamando el absolutismo como remedio á todos los males que nos aquejan.

Con facilidad creemos siempre todo lo que nos halaga, así como nos resistimos á creer lo que es contrario á nuestros intereses y á nuestros instintos.

El Pretendiente fué engañado por los mismos que lo apoyaban, las poblaciones no respondieron, y ni por un solo instante dejó el ejército de estar decidido á combatir la rebelión.

Forzosamente debía producirse el desconcierto entre los partidarios de don Carlos, y principiaron las vacilaciones y las dudas cuando comprendieron que la paz era lo que más convenía á sus intereses.

Comprometidos los unos por su propia dignidad, obligados otros, y los demás sin darse clara cuenta de su situación, se han sostenido con las armas en la mano, y favorecidos por las circunstancias especiales del terreno se han movido sin cesar, haciendo inútiles los esfuerzos de los perseguidores.

¿Por qué no se ha concluido con ellos en pocos días?

Elementos sobrados tenía el gobierno para hacerlo así, y esto era mucho más fácil después del terrible golpe que sufrió la facción en Oroquieta.

Allí, ya lo hemos dicho, don Carlos debió

avanzar, y huyó; debió jugar la vida, y no pensó más que en ponerla á salvo; y cuando las tropas mandadas por Moriones se encontraban en una situación crítica y sin fuerzas apenas para moverse, los carlistas, en ventajosas posiciones, fueron derrotados ó más bien destrozados.

Moralmente, debe considerarse el golpe mucho más terrible.

El resultado fué la casi completa pacificación del territorio navarro, que era donde más podían haber hecho los facciosos.

Dirigióse entonces el general Serrano á las Provincias Vascongadas.

En Vizcaya tenía el foco de la insurrección, es decir, en una extensión de terreno poco considerable.

Cuando esto sucedió, creímos que la insurrección carlista debía considerarse terminada, pues ningún inconveniente había para la ocupación de todos los puntos estratégicos, obligando al enemigo á replegarse y concentrarse hasta que al fin le hubiera sido preciso aceptar la batalla.

Nos habíamos equivocado, puesto que no ha sucedido así.

Los distintos cuerpos de ejército, brigadas y columnas, empezaron á recorrer el territorio, marchando y contramarchando hacia los sitios donde se encontraba algún cuerpo de la facción, y ésta, convencida de su inferioridad, esquivaba siempre el combate, yendo á ocupar, poco más ó menos, los puntos que abandonaban nuestras tropas.

Esta movilidad incesante obligaba al duque de la Torre á trasladar con frecuencia su cuartel general, sin que pudiera adivinarse qué sistema le había parecido preferible dentro de los principios de la ciencia.

Juzgar sin conocimiento de causa es una ligereza imperdonable, que no estamos dispuestos á cometer.

Como no nos mueve la pasión de partido, meditamos con calma y dispuestos á dar á cada uno lo que es suyo.

¿No tenía el duque de la Torre razones muy poderosas para obrar así?

Desde luego y al hacernos esta pregunta nos hemos respondido afirmativamente, y esto es una prueba de nuestra imparcialidad.

Posible es que nos hayamos equivocado, y el tiempo lo demostrará.

Supusimos, no más que suponer, que en todo ello había algo desconocido para el público, algo que no podía decirse, y tal vez hayamos supuesto la verdad.

En ciertas situaciones es forzoso ahogar los sentimientos humanitarios, porque de no hacerlo así se perderían grandes intereses y se producirían mayores males de los que se quieren evitar; pero cuando hay algún medio de aminorar las desgracias, debe emplearse, sin que al encargado de cumplir esta misión le arredre el fallo de la opinión pública, que ha de cambiar necesariamente cuando conozca la verdad.

Si el general Serrano abrigaba esperanzas de que los carlistas se sometiesen en un plazo más ó menos largo, ha hecho muy bien en no obligarlos á que acepten la batalla, donde habrían perecido algunos miles de criaturas.

Los sucesos parece que van confirmando el acierto de estas suposiciones.

Los partidarios de don Carlos no se someterán tal vez; pero es cierto que hay negociaciones para conseguir este resultado, y que las negociaciones han sido entabladas por los jefes más autorizados del carlismo, por aquellos que no tienen que hacer otra cosa que pronunciar una palabra para que la sublevación concluya.

Es probable, y nos felicitamos que así suceda, que cuando lleguen estas líneas á manos de nuestros lectores, los sublevados se hayan sometido.

Lo primero que se ocurre es preguntar para qué tomaron las armas si habían de entre-

garlas poco despues; pero hay que tener en cuenta que la mayoría de los facciosos estaban en un error que por su desgracia se ha desvanecido.

¿Quién es responsable de todo esto?

Un hombre, uno no más, un solo hombre que no ha tenido bastante talento para apreciar la situación; un solo hombre á quien habian llenado la cabeza de ideas absurdas, y que desconociendo completamente la vida real ha creído hasta lo que es inverosímil.

Este hombre es don Carlos de Borbon.

Sin duda le han contado antiguas historias, y creyó firmemente que podía venir á Madrid como volvió Fernando VII de su vergonzoso cautiverio.

¿Ignora don Carlos de Borbon que el pueblo de hoy no se parece en nada al pueblo de hace medio siglo?

¿Ignora que en esta época la complicada máquina política se mueve en virtud de resortes que eran desconocidos en otro tiempo?

Muy bello es ser rey absoluto; pero esta belleza no existe ya, y á don Carlos no le queda mas consuelo que decir, como uno de nuestros más insignes poetas: «¡lástima no sea verdad!»

Las torpezas de un hombre pierden las mejores causas, y aunque buena fuese y posible la causa del absolutismo, mil veces se perdería con un don Carlos de Borbon.

Otro hubiera previsto lo que debía suceder; y la prueba de que no todos son tan torpes y ciegos está en la conducta acertada de don Ramon Cabrera, á quien nadie puede negarle talento.

¿Qué ha sido del héroe de Oroquieta?

El misterio continúa.

Los unos lo suponen herido, los otros muerto, y algunos aseguran que goza de perfecta salud, sin que le haya sobrevenido desgracia alguna en su retirada á través de las escabrosidades del terreno navarro.

La verdad es que no se sabe lo que le ha sucedido.

¿Se oculta avergonzado?

No es envidiable el papel que ha representado en Oroquieta.

Estaba rodeado de hombres cuyo valor no puede ponerse en duda; pero ni siquiera dió lugar á que sus heroicos partidarios lo contagiasen.

Seguimos creyendo que el Pretendiente está fuera de España, que se oculta, y que como buen cristiano lo espera todo de la Providencia.

Esto debió hacerlo ántes de producir los trastornos que han ensangrentado el suelo de la que él llama su patria.

En las Provincias Vascongadas son lo mismo que aquí contradictorios los rumores sobre el paradero de don Carlos, y nuestro corresponsal dice que sobre este punto deben acogerse con reserva todas las noticias.

En cuanto al estado de la sublevación en el trascurso de la semana, no hay más diferencia, con respecto á la anterior, que las negociaciones entabladas entre la diputación á guerra y el duque de la Torre.

Segun parece, el gobierno carece de noticias para apreciar debidamente y en todos sus detalles estas negociaciones; pero los que se creen bien enterados nos las dan á conocer, y sin garantizarlas nos parece bien reproducirlas.

En suplemento extraordinario han publicado algunos periódicos el convenio que se dice celebrado para la pacificación de Vizcaya.

En este convenio todo es favorable para los carlistas, sin que al gobierno se le presente más ventaja que la de la pacificación que á todos nos conviene.

Las condiciones son las mismas para los jefes que para los soldados, y aunque parece que debieran hacerse distinciones, aplaudimos si á todos se les trata igualmente.

La parte referente á exacciones de fondos

públicos es demasiado vaga, y dudamos que el duque de la Torre haya podido aceptar la condicion tal como aparece publicada por nuestros colegas.

Es también muy dudoso que el general en jefe se haya decidido á poner su firma en ese que llamamos tratado de paz, y en el que se echa de menos una garantía que haga positivo el ofrecimiento de los jefes de la facción.

Todo se les concede, lo mismo la vida que la libertad, y hasta la protección de que quizá no disfrutaban los ciudadanos pacíficos.

¿Cómo se explica esto?

En fuerza de cariño, de ternura y de halagos se hace algunas veces del mayor enemigo el mejor de los amigos: con suavidad se conquistan voluntades.

Esto ha debido tenerlo muy presente el duque de la Torre, pero tememos que produzca un resultado enteramente opuesto al que se deseaba.

No se nos dirá que juzgamos apasionadamente, pues hemos principiado por suponer que las apariencias engañaban, y que el general en jefe tenía un plan muy meditado, de éxito seguro, y que sus vacilaciones, sus dudas y venidas de un lado para otro entrañaban algo de importancia muy grave.

No quisieramos equivocarnos sobre este punto, porque nos es muy doloroso el convencimiento de que un hombre no ha correspondido á las esperanzas que habia hecho concebir, pero ante todo tenemos la obligación de decir la verdad.

Se nos ocurre una pregunta: al hacer el convenio, ¿se ha tenido presente la cuestión de dignidad, no precisamente del gobierno, sino del último soldado que se ha batido como un héroe?

Sobre este punto nada sabemos, porque los ministros se reservan su opinion.

Asegurábase primero que el tratado de paz publicado por algunos periódicos era apócrifo; despues se reconoce que es autentico, que no le falta punto ni coma, y que efectivamente ha sido firmado por el general en jefe.

No hay nada más triste que ver cómo se desvanecen las ilusiones.

Acabamos de perder una, y confesamos francamente nuestro error.

El convenio de Zornoza ha producido una conmocion que nos explicamos fácilmente.

¿Cuál será el resultado?

La chispa engendra la hoguera, y Dios sabe si este suceso será causa de otros cuya gravedad nos hace estremecer.

Firmes en nuestro propósito de economizar los comentarios, no diremos más sobre este punto, y nos concretamos á copiar el tratado que ya se ha hecho celebre.

Aunque este documento es ya conocido del público, lo insertamos integro, porque nos parece que debe quedar consignado en estos apuntes para que sean más exactas las apreciaciones que tendremos que hacer.

Hélo aquí:

#### EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL NORTE.

Habiendo conferenciado con los señores don Fausto de Urquiza, don Juan E. de Urue, que lo hacian también en nombre del señor don Antonio Arguinoniz, miembro de la diputación á guerra del Señorío de Vizcaya, acerca de los medios mas honrosos de dar la paz á este país, victima hoy de la más desastrosa guerra civil, y atendiendo á la proclama publicada al tomar el mando de este ejército de operaciones, bandos posteriores, y haciendo uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, vengo en conceder:

1.º Indulto de toda pena á los que se han levantado en armas en Vizcaya. Los entregados podrán volver á sus casas exentos de toda responsabilidad, y recibirán de los alcaldes respectivos, debidamente autorizados por este cuartel general, los correspondientes certificados de indulto.

2.º Quedan comprendidos en el indulto expresado los miembros de la diputación á guerra, sus empleados dependientes, y cualquiera otra persona que haya ejercido autoridad, cargo ó funciones, ó hubieran intervenido ó contribuido directa ó indirectamente al alzamiento, aunque hayan entrado en campaña procedentes de la emigración, y lo mismo los que hubieran abandonado su puesto ó destino. Los que quieran pasar á país extranjero, serán garantidos en sus personas hasta la frontera.

3.º Respecto á las exacciones de fondos públicos que pertenezcan ó se relacionen con el Señorío, las juntas generales de Guernica que se celebrarán con arreglo á fuero, uso y costumbre, resolverán lo que proceda.

4.º Indultados todos los que tienen las armas en la mano y las entreguen, lo serán igualmente los jefes, oficiales, si los hubiese, y la clase de tropa, que se hayan unido á las partidas, aunque procedan de la emigración. Los jefes y oficiales podrán volver á las filas del ejército en los empleos que disfrutaban antes de unirse al levantamiento. Las clases de tropa quedan á disposicion del gobierno libres de las penas á que se hayan hecho acreedoras.

5.º Los efectos de estas disposiciones se entenderán aplicados desde el momento que se entreguen las armas en los puntos que se marquen por mi autoridad, de acuerdo con la diputación á guerra.

6.º Se comprometen los señores de la diputación á guerra y demás representantes á evitar para lo sucesivo, en cuanto de ellos dependa, nuevos disturbios, insurrecciones ó levantamientos que alteren la paz pública de la provincia.

Amorevieta (Zornoza) 21 de Mayo de 1872.—

Firmado, FRANCISCO SERRANO.

Del resto de España nos ocupamos poco, porque es muy poca la importancia que tiene la sublevación. Pequeñas partidas que aparecen y desaparecen, verdaderos chispazos de la hoguera que arde en las Provincias Vascongadas.

Todas estas partidas se dispersarán apenas hayan entregado las armas la facción que recorre el territorio vascongado.

¿Sucederá esto?

No es posible adivinarlo á la hora en que escribimos estas líneas.

En las Provincias Vascongadas y Navarra, segun los últimos partes, continuaban las presentaciones á indulto, especialmente en Ochandiano.

La facción de Careaga, que en union de la de Carasa encontrábase en los límites de las provincias de Alava y Navarra, se ha dividido nuevamente, y las tropas del gobierno han tenido que hacer distintas combinaciones para sus movimientos.

La vanguardia del incansable general Moriones consiguió dar alcance á la retaguardia de la facción Carasa. Una seccion de husares, sostenida por cazadores de Alcolea, consiguió batirla y dispersarla. Dicese que quedaron sobre el campo tres muertos y cuatro heridos facciosos.

La Manada de Alava quedó por de pronto limpia de carlistas; pero nos parece que esto no tiene más importancia que la de un incidente cualquiera.

Parece que por la parte de Navarra aumentan otra vez los partidarios de don Carlos.

¿Quién se cuida de ellos por allí?

No lo sabemos con certeza.

A la hora en que escribimos, asegura el gobierno que las armas entregadas pasan de mil. Nos parece muy poco, casi nada, en comparacion del número de carlistas.

En Cataluña hubo un encuentro con los voluntarios movilizados de Moncada, que cogieron cinco carlistas, dos de ellos heridos. En lo demás del distrito es la situación la misma que la semana anterior.

En la provincia de Córdoba se ha presen-

tado una partida de cuarenta hombres, dirigiéndose á la sierra, en tanto que iban en su persecución columnas de la guardia civil y del ejército.

En la Pola de Laviana (Oviedo), han aparecido reunidas las pequeñas partidas que vagaban por todo el territorio de la provincia. Aún no se ha conseguido darles alcance.

En Burgos se han presentado y entregado las armas algunos carlistas, pero son muy pocos.

Dícese que se han fraccionado las facciones reunidas ántes por Bermúdez, Mulita, Navarrete y los dispersos de la partida del cura de Alcabón, y se han dirigido á Guadalerza.

La facción del cabecilla Cipriano Hernández fue batida por la columna del capitán de la guardia civil don Antonio Alonso. A casi todos sus individuos se les ha hecho prisioneros.

En Aragón parece que apenas quedan facciosos, pues son bastantes los que se han presentado á indulto.

Sentimos no poder comunicar más noticias á nuestros lectores, pero no las hay. Lo que deseamos es poder decir que ha terminado la sublevación, y que ya no se derrama sangre y que no hay que lamentar nuevas desgracias.

## CAUSAS CELEBRES.

### JOSÉ Y FELIPE PARDO MARTÍN,

POR

DON CARLOS PALOMERA Y FERRER.

(Continuación.)

Como era natural, la opinión pública señaló como autores de aquel incendio á los dos hermanos Pardo. Nadie los había visto, nadie podía justificar que ellos habían sido los incendiarios; pero Juan Palomo era su enemigo, habían jurado su muerte en público; el día anterior al del siniestro, Palomo se había quejado á la autoridad de violencias de los Pardos; era, pues, lógica la sospecha del vulgo, y los dos hermanos no podían quejarse. Sus continuas amenazas tenían que producir su resultado.

Inmediatamente se procedió á formar sumario, pero los dos Pardos habían desaparecido de Almayate, lo cual parecía robustecer las sospechas del vulgo.

Si hemos de creer á lo manifestado por Felipe Pardo Martín, en lo que dijo en la ampliación de su declaración, prestada el 23 de Mayo, vean nuestros lectores lo que hicieron los dos hermanos al ver que había sido incendiada la casa de Lara Palomo.

Convencidos de que, culpables ó no culpables, la justicia iba á apoderarse de ellos para aclarar lo que de público se decía, pretendieron salvarse apelando á fuga, á cuyo fin la misma noche del incendio, después de conferenciar largamente, salieron de su casa y tomaron el camino de Málaga, de cuya ciudad ya hemos dicho que dista Almayate unas cinco leguas bastante cortas.

No eran hombres José y Felipe Pardo Martín para que esta distancia les arredrase, y en efecto, los dos llegaron á Málaga á las siete de la mañana próximamente.

Al pasar por una de las plazas del Mercado, vieron á un hombre que, delante de una gran carga de cañas, les llamaba haciéndoles señas para que se acercasen.

José y Felipe se miraron mutuamente, como dudando si les convendría ó no darse á conocer de aquel importuno que en tan mal hora les había conocido; pero demasiado audaces para retroceder, se aproximaron al puesto de cañas, no sin que el Felipe encargara á su hermano mucha prudencia.

El vendedor de cañas era un vecino de Almayate, llamado José Padilla.

—Buenos días, paisanos,—les dijo cuando se le aproximaron:—¿qué negocios os han traído por aquí?

—Hemos venido á ver á unos amigos,—repuso José con acento muy afectuoso.

—¿Cuándo volvéis allá?

—Pronto. ¿Y tú?

—Esta misina noche. ¿Quereis unas cañitas?

—No, gracias, José. Tan de mañana no me gusta el vino.

—El vino se bebe á todas horas.

—Sí,—repuso Felipe,—pero ya hemos bebido aguardiente, y si tú las quieres tomar, yo pago.

—Hombre, para pagar tú no te habria convalidado.

—¿Y qué tal la venta?—exclamó José.

—Muy mala. Nadie quiere comprar.

Y mudando de conversacion, prosiguió:

—¿A qué hora salisteis de Almayate?

Esta pregunta, bastante sencilla, pareció haber contrariado á los dos hermanos, que tardaron algun tiempo en responder.

—No sé qué hora seña,—exclamó por fin Felipe,—pero era ya bastante tarde.

—¿Sabeis que se prendió fuego á la casa de Pacorro?

—¿De qué Pacorro?

—De Lara.

—Pues nada sabíamos,—añadió José.

—Estaba yo asomado á una ventana de la mia, y ya dispuesto para venirme, cuando vi salir mucho humo de la casa de Pacorro, y luego llamas. Fui á salir para ayudar á apagar el fuego, pero en el camino observé que ya habia mucha gente sacando agua del arroyo de la Coscoja, y como tenia que venir á Málaga no quise detenerme. El fuego, por otra parte, no debe haber sido cosa de cuidarlo, porque estaba ya dominado cuando me vine, y no oí por allí que hubiese habido ninguna desgracia.

—Más vale así,—exclamó José pensativo.—Paco Lara no es mi amigo, pero no me alegro del mal de nadie. Conque, Pepillo, si quieres aceptar el convite de mi hermano, vamos; si no hasta mañana; tenemos mucho que hacer, y queremos, si es posible, despachar hoy.

—Pues entónces, chicos, felicidades y hasta la vista.

Y los dos hermanos se separaron de José Padilla, que continuó pregonando sus cañas y esperando compradores, mientras que aquellos, silenciosos y cabizbajos, atravesaron calles y más calles, hasta que llegaron al paseo llamado *La Alameda*.

En él se detuvieron, y Felipe dijo á José:

—Si no encontramos á ese hombre, ¿qué vamos á hacer?

—Allá veremos.

—¿Y si le encontramos y no quiere servirnos?

—El otro dice que nos servirá, y no muy caro. ¿Tú no le conoces?

—No le he visto en mi vida.

—Bueno, tenemos sus señas. Adelante.

Los dos hermanos prosiguieron su marcha hasta llegar al muelle, en donde se detuvieron nuevamente examinando con minuciosa atencion todas las personas que se encontraban en él.

En la actualidad, el puerto de Málaga apenas tiene movimiento, y no arriban á él la tercera parte de los buques que en otras épocas más felices. La industria pescara está tambien muy limitada, y causa una impresion dolorosa pasear el bastion de su muelle. Sin embargo, á pesar de esto, el muelle siempre está lleno de gente, y es muy difícil encontrar en él á una persona determinada.

Los dos hermanos Pardo permanecieron allí unos ocho minutos; pero viendo que no encontraban á su hombre, como habian dicho, retrocedieron para seguir sus exploraciones por la parte de la muralla.

En la calle paralela á ésta hay varios es-

tablecimientos, la mayor parte ingleses, de objetos e instrumentos náuticos, y entre estos establecimientos se halla un café.

—Escucha,—dijo José á su hermano;—una de las señas que nos dieron, fué que ese hombre suele sentarse en la muralla frente del café del Muelle; el café es aquel, y el hombre...

—Allí está,—exclamó Felipe indicando á su hermano un hombre mal vestido, mal encarado, tostado por el sol y el aire, sucio, casi andrajoso, y que en aquel momento estaba liando con una enorme navaja un cigarillo de papel de unas dimensiones colosales.

—En efecto,—repuso José animándose sus ojos con un rayo de alegría,—las señas concuerdan; acerquemonos. Tiene facha de cualquiera cosa.

—Sí, pero esa facha me inspira confianza. Cuanto más miserable será menos exigente.

—Tienes razon.

Y los dos hermanos, indudablemente más contentos, prosiguieron su marcha con direccion al hombre que hemos descrito.

## XIII

El hombre en cuestion no tardó en observar que los dos desconocidos se dirigian á él; pero bien por prudencia ó por costumbre, continuó liando su cigarro sin mudar de actitud y haciéndose el indiferente.

José y Felipe Pardo se aproximaron á él y tomaron asiento en el borde de la muralla, saludando afectuosamente al desconocido.

Este les devolvió su saludo, y sacando del bolsillo de su pantalón una piedra de chispas, un eslabon y yesca, se dispuso con mucha parsimonia á encender su enorme cigarro.

Como á pesar de haber sido saludado por los dos hermanos no parecia hallarse dispuesto á entablar conversacion con ellos, éstos decidieron interpellarle, y despues de una breve pausa, Felipe le dijo, sacando tambien su petaca y encendiendo un cigarro puro:

—Diga usted, buen amigo, ¿tiene usted por casualidad amigos ó parientes en Almayate?

El desconocido se sonrió como satisfecho de aquella pregunta, y respondió mirando afectuosamente á los dos hermanos:

—Si señor, tengo amigos por toda esa tierra. ¿Son ustedes de por allá?

—Vecinos de Almayate-bajo.

—¡Buena tierra para viñas!—exclamó el desconocido como persona inteligente y entusiasta,

—Si señor, hay muy buenos plantíos; pero ¿á quién conoce usted de Almayate?

—¡Oh! á muchas personas.

—¿Entónces habrá usted oido nombrar á Francisco Martín?

—Ya lo creo; Paquillo y yo somos muy amigos, tan amigos, que yo no puedo negarle nada de lo que me pida, ni él á mí de lo que solicite.

—Pues somos primos suyos por parte de madre.

—Por muchos años, señores.

—¿Y no ha oido usted hablar de la familia de los Pardos?

—Mucho.

—Pues á ella pertenecemos.

—¡Calle!—repuso el desconocido, transformando en maliciosa su afectuosa sonrisa.—¿Serán ustedes por casualidad los chicos de Juan Pardo Tellez?

—Los mismos.

—¿Los dos que han estado en Cartagena?

—Si señor; José, que es este, y Felipe, que soy yo.

—¡Vaya, vaya!—replicó el extraño personaje sacudiendo con el dedo meñique de su mano izquierda la ceniza de su cigarro.—Pues siendo así, ya lo creo que conozco á ustedes por lo que me ha referido Paquillo. Son ustedes unos valientes y guapos muchachos. Como lo digo, señores; á mí me gustan los hombres de provecho.

Estas palabras y el acento con que habían sido dichas halagaron el amor propio de Felipe y José, y sobre todo les inspiró una confianza absoluta. Por lo visto, aquel hombre era también de vida aventurera como la suya, y esto era un buen pronóstico para sus deseos.

José, más impaciente que Felipe, se decidió á entrar en el fondo de la cuestión.

—Pues bien, ya que hemos encontrado á usted aquí, es preciso que sepa la verdad.

—¿Qué es ello?

—Nosotros hemos venido de Almayate en busca de usted.

—¿De veras?

—Recomendados por nuestro primo Paco Martin.

—Sí, ya me han dicho ustedes que son primos de Paquillo. Siendo eso verdad, yo estoy dispuesto á servirles á ustedes; pero necesito saber en qué puedo serles útil.

—Necesitamos dos documentos para viajar. ¿Comprende usted?

—Perfectamente.—añadió el desconocido, demostrando así que no era tonto:—ustedes han sabido por el primo que yo puedo proporcionarles esos documentos que tanta falta les hace. Necesitarán viajar, tomar baños, como se va acercando la época del calor, y... no hay inconveniente. Un poco caros son, pero eso no importa.

—Según y conforme.—repuso José, que por lo visto, ó estaba escaso de fondos ó no quería ser explotado tan descaradamente:—es cierto que los documentos que pedimos nos hacen falta, pero no tanta que no podamos pasarnos sin ellos; y la verdad, si han de costarnos mucho, desistimos de poseerlos.

El desconocido frunció las cejas, y dijo á los dos hermanos:

—Entonces, si no hacen tanta falta, ¿por qué los buscan ustedes?

—Como se busca un puñal, aunque no se piensa servirse de él para nada.

—Sin embargo, yo, para correr los peligros de un hecho y no ganar unos cuantos duros, no me expongo, no quiero exponerme.

—Pues qué, ¿hay exposición para usted?

—Yo lo creo; y además á mi no me los dan gratis. Yo no me quedo más que con un duro por vía de corretaje. El resto se lo llevan otras personas.

—¿Qué personas?

La candidez de esta pregunta era tal, que el desconocido miró á Felipe asombrado.

—¡Oh! amigos míos,—les dijo:—si revelara á ustedes el nombre de esas personas, entonces habrían concluido mis ganancias, porque se irían á buscarlo directamente á esos sujetos.

(Se continuará.)

## SECCION FESTIVA.

—Deme usted un par de zapatos de quince años para una muchacha de cabra.

—Deme usted la medida.

—Yo no traigo media. Catalina se llama la chica, figúrese usted qué pié tendrá.

Preguntábanle á un gallego que quería echarla de gracioso por que hablaba de aquella manera y con aquel dejillo.

—Toma,—respondió el interpelado,—porque he estado mucho tiempo en Sevilla y se me ha pegado el acento.

Dos andaluces que nunca habían salido de su pueblo empezaron á referir los principales acontecimientos de sus supuestos viajes en una tertulia á que concurrían.

—Yo he visto un pájaro.—decía uno,—en los desiertos de Suiza que me estuvo haciendo sombra durante cinco horas.

—Pues yo he visto más,—contestó otro,—porque he visto á cien hombres que armados de palanca no podían mover un huevo.

—¡Hombre!—exclamaron los presentes:—¿qué ave había puesto ese huevo?

—La que dió sombra á mi paisano allá en Suiza,—respondió el preguntado sin inmutarse.

—Señor juez, he sabido que mi vecino me busca para matarme.

—Pierde cuidado, que si realiza su intento, un cuarto de hora despues estará en mi poder, y le costará caro.

—¿Y no sería mejor prenderle un cuarto de hora antes?

Un general bastante poco avisado pasaba una revista, hace pocos días, en cierta capital.

Antes del desfile de la tropa se colocó el general en sitio conveniente para dirigir una arenga á los soldados.

Uno de los oficiales de la escolta dijo á otro:

—Verás cómo dice el general alguna barbaridad.

El general, que lo oyó, se volvió y dijo al oficial:

—Irás usted desde aquí arrestado por quince días.

—¿Qué tal.—dijo el oficial castigado á su amigo,—no decía yo que iba á decir alguna barbaridad?

—¿Cómo has llevado las cartas al correo?—No has visto que faltaba ponerlas el sobre?

—Yo creía que no quería usted que supieran para quién eran.

Papá, he sembrado patatas en el corral ¿y qué dirás que ha salido?

—Habrán salido patatas.

—No lo creas, ha salido un cerdo y se las ha comido.

Un paleta oyó en un café pedir una chica alemana, quiso convencerse de si era cierto lo que había oído, y llamando al camarero, le dijo:

—¿Es cierto que venden ustedes chicas alemanas?

—Si señor.

—¿Y españolas?

—También, pero son más fuertes.

—¿Conque las alemanas son flojas?

—Si señor; ¿quiere usted una?

El paleta apretó á correr, haciéndose crucos.

Un carpintero presentó la siguiente cuenta:

El abelitalo de la oficina militar debe al que suscribe

Por echar una cerradura al oficial

primero ..... 6 riales.

Por una percha para colgar á los escribientes..... otro tanto.

Por meter una cuña á la comandanta en su tocador..... 3

Por echar un remiendo en la cama á la criada..... 5

Por echarle pies al asistente..... 4

Por varias chapuceras para el amo..... 2

Total..... La suma.

Datos estadísticos pedidos por el señor gobernador civil, á los cuales yo el alcalde de este pueblo le endirgo la siguiente relajacion del año de la facha, digo de la fecha.

Muertos en er pueblo.—Denguno, aquí todos mueren en sus casas.

Nacidos.—Idem por idem.

Vecinos.—Diez y además ocho y el Tío Roque Majuelo, Pedro Valluca, Tomas Quincoces y otros muchos.

Almas.—Denguna: en este pueblo no hay susistencias.

Casas publicas.—La del señor cura y la de la señora hidalga; toas las demás son chozas.

Contribucion.—En este pueblo deben pagarla los pobres, que los demás no tienen con qué.

Cercales.—Aquí no ai cera ni miel, porque no ai más abejas que las avispas, en cuanto á lo demás se coge cebada y paja para el consumo de los vecinos.

Ganado vacuno.—El buey del sindico, algunas cabras y borregos de leche.

Ganado de cerda.—El barraco del concejo y algunas gallinas pollos patos y algunos endeviduos propietarios.

—¿Por qué me cita usted á juicio?

—¿Cómo? ¿No sabe usted que la obligacion cumplia el 30 de Setiembre de 1868?

—Lo sabia perfectamente.

—¿Y por qué no pagó usted los dos mil reales?

—Porque el dinero estaba en duros isabelinos.

—¿Y qué importaba eso?

—¿Cristiano? ¡No oia usted al pueblo! ¡Abajo los Borbones! Digo, ¡y con cien isabelos segundas! Me hacen pedazos.

Un fraile muy chistoso, á quien habían encargado que predicase en la fiesta de Nuestra Señora de la Concepcion, se encontró con la iglesia casi desocupada, pues sólo habia cuatro ó seis personas.

Al subir al púlpito dijo: «Señores, perdónenme ustedes que me baje, porque yo traia estudiado el sermon de la Concepcion y no el de la Soledad.»

Hace poco que en Paris, acusado de raterias un vagabundo, compareció ante el tribunal del Sena. El presidente dió principio al interrogatorio de costumbre.

—¿Cómo os llamais?

—Juan Brancharlh.

—¿Donde vivis?

—En ninguna parte.

—¿Pero cuál es vuestra habitacion?

—No tengo ninguna.

—Acusado, faltais al respeto al tribunal.

Por última vez, ¿donde habitais?

—Señor, yo no habito en ninguna parte.

Me cuelgo en la gran avenida de los Campos

Eliseos, árbol cuarenta y tres, rama quinta.

Este verdadero rasgo de *esprit* produjo una carcajada general en el auditorio, y hasta los mismos jueces no pudieron contener la risa.

Siendo gobernador de Milan el duque de Ferra, reparó que un soldado cuando hacia la centinela en la puerta de su palacio decia: «por fuerza han de venir.» Picada la curiosidad del duque hizo venir al soldado á su presencia.

—¿Eres valiente?—le preguntó.

—Creo que sí.

—Te atreverias á hacer lo que yo te mandase?

—Si señor.

—Pues entonces dime á qué te refieres cuando dices por fuerza han de venir.

El soldado titubeó un momento.

—Voy á dar á vucencia una prueba de que no tengo miedo. Tres cosas son las que por fuerza han de venir; primera, el cabo de guardia á reelvarme; segunda, el verano que es más caliente que el invierno, y tercera, otro capitan general que nos pague mejor que vucencia.

Como los tiempos están tan climatéricos, anoche en la puerta del café Suizo oimos este ligero diálogo entre dos vendedoras de periódicos:

—¿Y qué hace tu marido?

—¿Que ha de hacer! Como no hay trabajo en el ayuntamiento, ni en los caminos, ni en ninguna parte, ha tomado su determinacion, y va.... y coge y ¡zas!

—¿Se ha metido á meliciano?

—¡Cá, hija!.... el pobre se ha comprado una guitarra y se ha metido á ciego.

Histórico.



La brigada Zorrilla atacando á la facción del cura de Orio, tomado de un croquis remitido por nuestro corresponsal.

**Regla para conocer y distinguir un español, un francés y un alemán:**

Se coloca delante de cada uno un vaso de cerveza con un insecto ahogado en el líquido. El español arroja la cerveza y el insecto. El francés arroja el insecto y bebe la cerveza. El alemán bebe la cerveza y el insecto.

Un viajero entró en un wagon de diez asientos en que ya había otras ocho personas, cuatro á cada lado, ocupando el asiento del centro en una de las banquetas.

Pero en seguida observó que enfrente no había más que cuatro personas.

—Aquí somos cinco,—se dijo para sus adentros,—y enfrente no van más que cuatro..... ¡Buen tonto sería yo si fuese incómodo!

Y se pasó al asiento desocupado de enfrente.

En cierto cementerio hay un epitafio que dice:

«Aquí yace D. J. de T., buen padre, buen hijo, buen esposo, R. I. P.

**Nota.** No confundirlo con su hermano menor del mismo nombre que está en presidio.

En una tertulia bailaba con un joven muy formal una señorita de semblante perfecto, pero tonta y presumida, y llena de orgullo y pretensiones.

La conversacion, despues de girar sobre ciertas cosas, vino á recaer sobre la hermosura.

—¿Qué piensa usted de ese precioso don?—preguntó la señorita muy satisfecha de sí misma.

El joven, cansado ya de sus muchas tonterías, contestó:

—Señorita, la belleza es como el cero, que

nada vale por sí mismo, pero que multiplica el valor de las cualidades á que acompaña.

—Y dígame usted, Pepita, ¿se casa por lo civil ó por....

La mamá:

—Oiga usted, mi hija nada tiene que ver con la guardia civil, ¿está usted! mi hija se casará por lo militar.

—¡Ah! ¡Ya!

En Inglaterra se han verificado últimamente carreras de hombres á pie. El premio de la carrera era una copa de oro, y al recibirla el vencedor pronunció estas palabras:

—He ganado la copa con mis piernas; quiera Dios que nunca pierda mis piernas con la copa.

#### CHARADA.

De un animal valeroso  
y de gran utilidad  
es el nombre mi primera;  
y según luego verás,  
debes tomar la segunda  
de lo que puedes hallar  
en los prados y en los valles  
donde hay ganado lanar.  
Mi todo, cual las mujeres  
de belleza singular,  
tiene mucho garabato,  
fulgura, y lo encontrarás  
representando en las casas  
un papel muy principal.

*Solucion á la charada del número anterior.*

ESTROPAJO.

Nos apresuramos á cumplir un deber, manifestando nuestra gratitud al público por la acogida que ha dispensado á nuestro periódico. En muy pocos dias se han hecho, sólo en Madrid, más de dos mil suscripciones, y continúan haciéndose; y las cartas que recibimos de provincias acusan un resultado no ménos lisonjero. Pagaremos esta deuda mejorando notablemente y en todos sentidos la publicacion, como se verá en los números siguientes.

También á la prensa le enviamos la expresion de nuestro agradecimiento por los elogios que ha dispensado á «El Periódico para todos,» elogios que no creíamos merecer. Nos honramos al ofrecer á nuestros ilustrados colegas nuestra más sincera amistad.

Editor propietario: JESUS GRACIA.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jesús Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.